

10 historietas  
17 cuentos  
juguetes



muchos chistes  
concursos  
y dibujos

# Almanaque de el perro, el ratón y el gato...

semanario  
de las niñas,

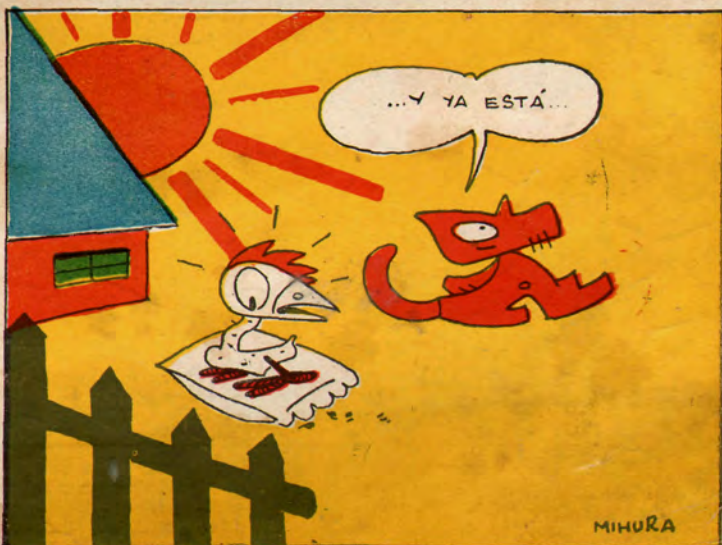
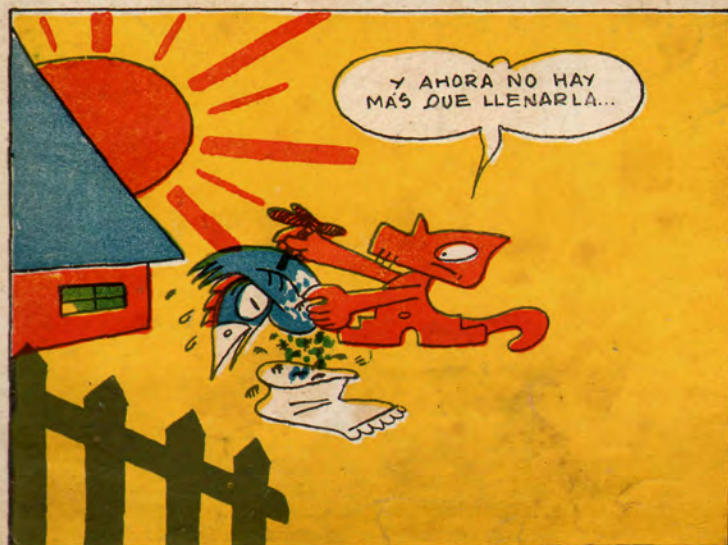
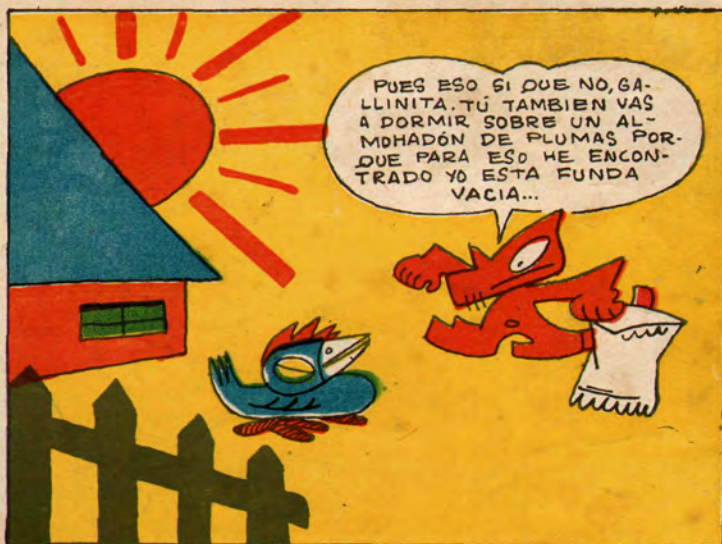
1<sup>a</sup> Ed.

los chicos los bi-  
chos, las muñecas

## el perro trespelos



¡POBRE GALLINITA! ELLA DORMIENDO SOBRE EL DURO SUELO MIENTRAS QUE LOS SEÑORITOS DUERMEN SOBRE BLANDOS ALMOHADONES DE PLUMAS!



MIHURA



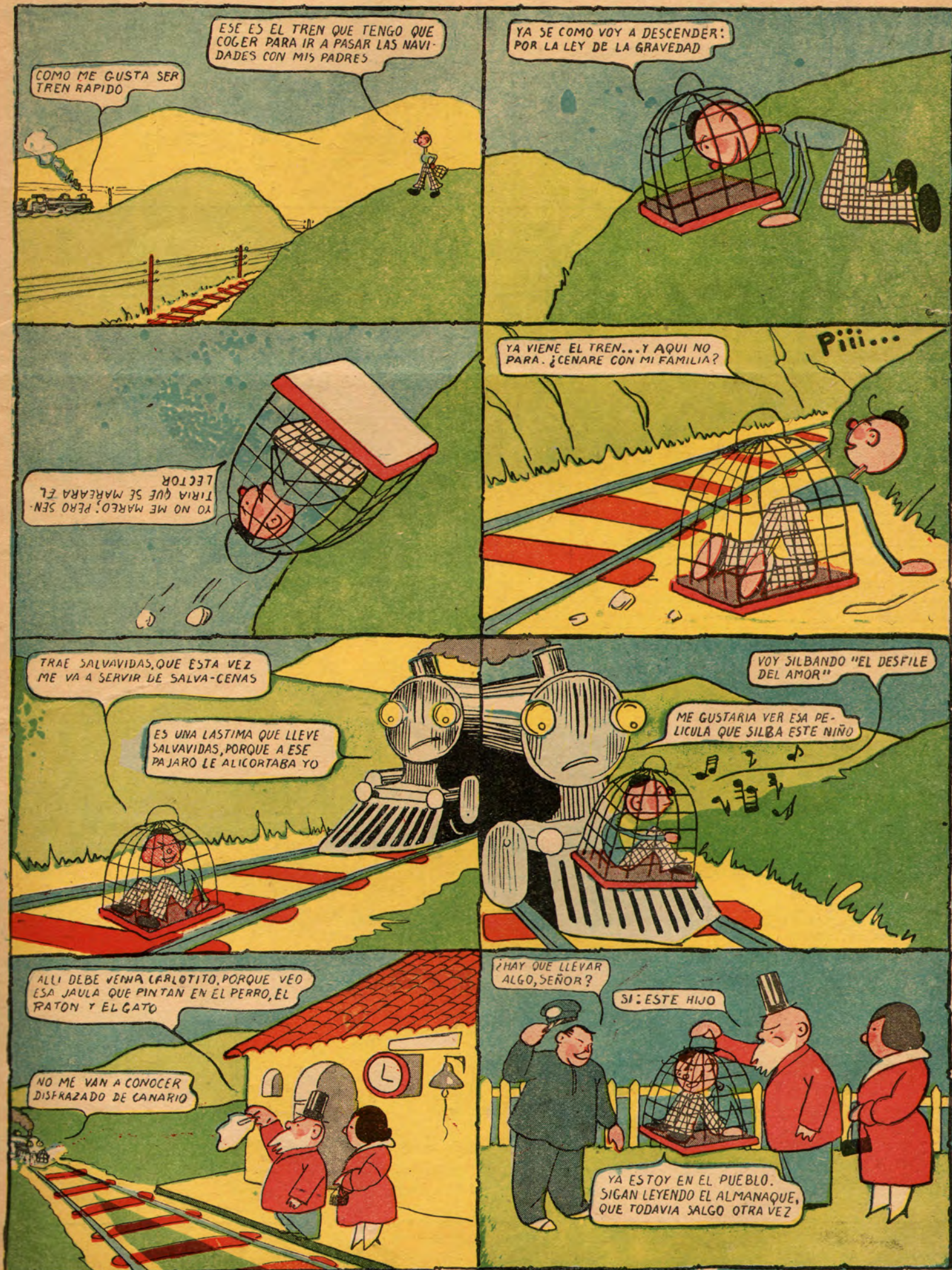
# LOS VUELOS DEL PRINCIPE PP



El príncipe PP y la princesa, que pasan las Navidades con el rey de su nación, han dado un paseo de recreo sobre Villacatapumba, que está entre Villacaballos y Villaburrillos. Ahí tenéis un aspecto de su plaza. A ver quién encuentra la rambomba que hace "¡paf!" y el turrón que a uno le hace daño... pero no al estómago, sino en el pie. Yo sé de un niño que está jugando con unas figuras de nacimiento en un banco, y de un muñeco de papel que le han puesto a un señor en el gabán.—(Foto de Sama.)



# El niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra

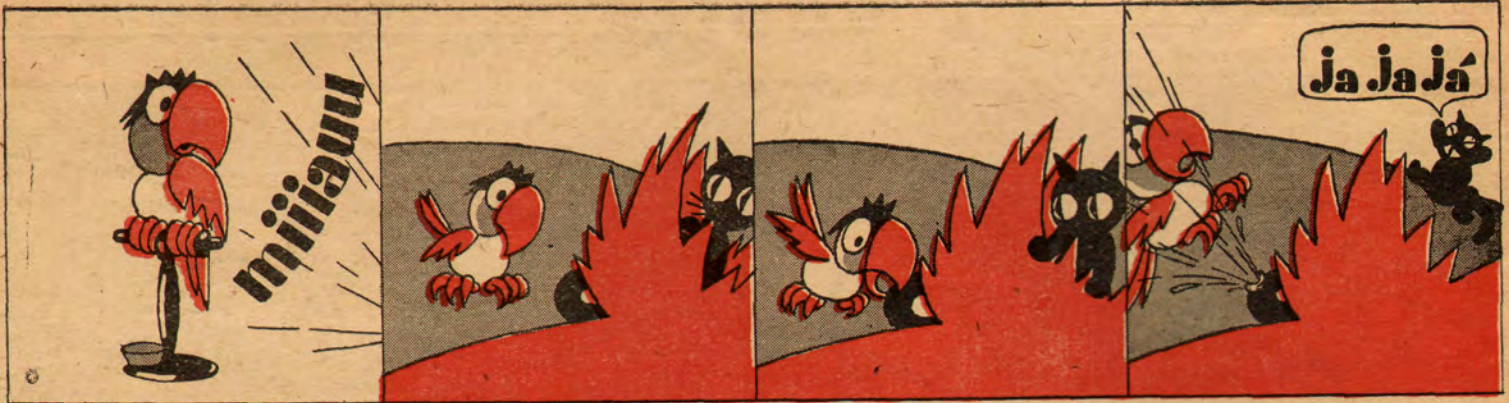


ROBLEY-OSCAR

el perro,  
el ratón y  
el gato...



# 4 HISTORIAS DE BICHOS 4



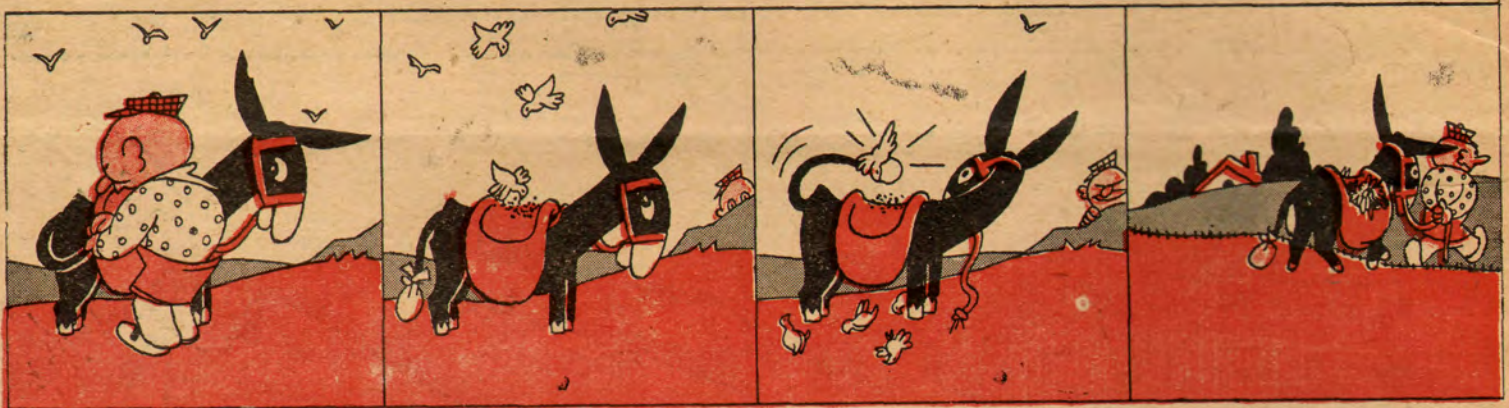
## LA DEL LORITO

El gatito escandaloso  
me está poniendo nervioso.

Este debe ser su rabo,  
y ahora mi pico le clavo.

¡Ah, bribón, ahora verás  
para que no chilles más!

¡Cáspitas! ¡Anda la mar!  
Si es la manga de regar...



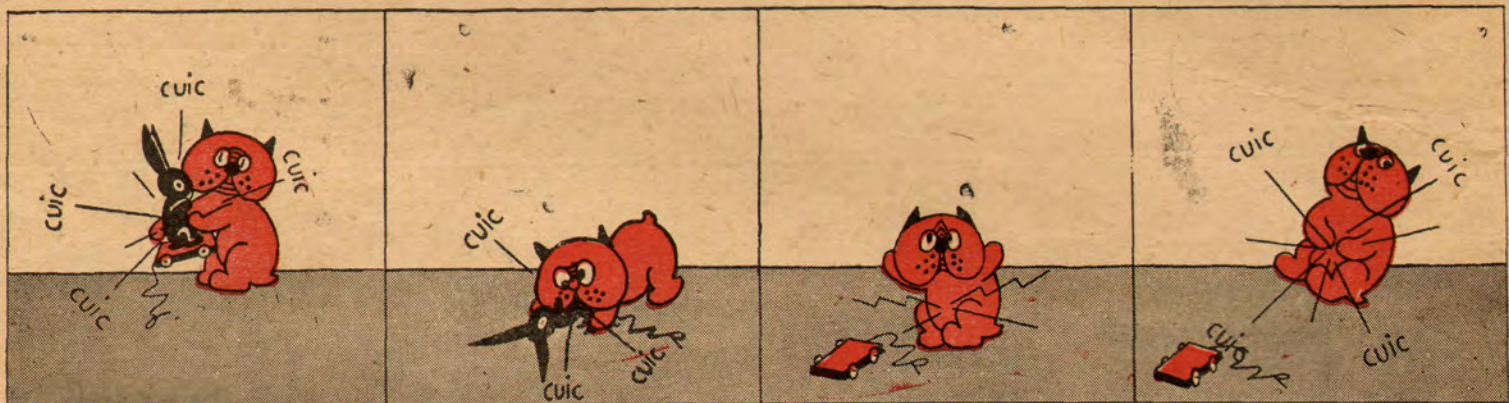
## LA DEL BURRO

En el rabo del jumento  
ata un canto el tío Pimiento.

En el lomo echa maíz  
que le gusta a la perdiz.

Tanto glotón le molesta,  
y los atiza en la cresta.

Y bien repleto el serón  
termina la expedición.



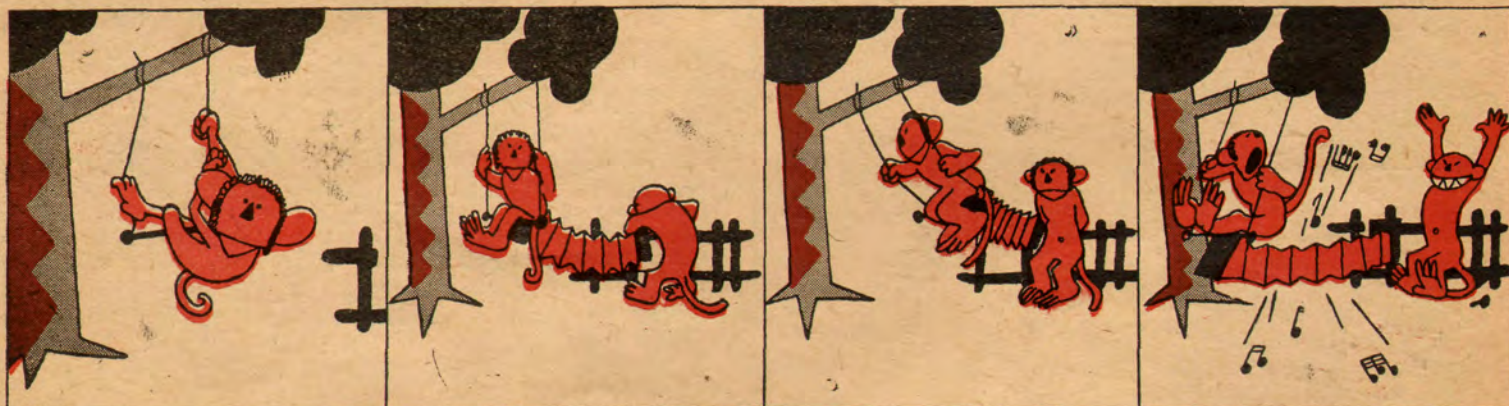
## LA DEL PERRO

Dando al conejo en la trí  
le suena una maravi.

Se le come en un momen  
como los lectores ven.

Luego la tripa le due,  
pero no sabe por qué.

Y a él también suena la trí  
por lo que se había comí.



## LA DE LOS MONOS

El mono Pic deseaba  
ver si aquí se columpiaba.

Y el mono Clac, muy guasón,  
preparó un acordeón.

El mono Pic montó y ¡zas!  
primero fué para atrás.

Mas ¡qué susto se llevó  
cuando después le sonó!

el perro,  
el ratón y  
el gato...



## EL AÑO DE LOS JUGUETES

### ENERO

"Perlita" era la hija de los guardas de un monte espeso.



La niña del dueño solía regalar algunos juguetes a "Perlita", y uno de ellos fué el osito de trapo.

La chiquilla del guarda se ponía todas las tardes a coser al brasero, y en una banquetita de madera sentaba al osito.

No hablaba, pero la acompañaba mucho. ¡Era tan gracioso de forma! ¡Y tan vivo de ojos!...

Una mañana hacía sol, y "Perlita" salió con su oso a coser a la puerta de la casa.

Los osos de verdad no andaban muy lejos. En enero ya sabéis que bajan hasta los poblados. Por eso el osito de trapo, que al fin y al cabo era osito, pudo oír un rumor de charla de los osos, que se decían:

—Esta noche robaremos a "Perlita", y nos la comeremos.

El osito de trapo no sabía decirle a su pequeña amita el peligro que corría.

Entraron en la casa la niña y el juguete, y al anochecer se sentaron al brasero. Pero el oso estaba muy triste, ante el peligro que se acercaba.

Llegó la hora de dormir, y la niña se durmió en su camita. Y el oso de trapo no hacía más que pensar y pensar en el modo de salvarla...

Entonces se le ocurrió una cosa: ponerse las ropitas de "Perla", y sentarse cerca de la puerta del dormitorio de la niña.

Llegaron los cuatro osos ladrones. Uno había sido de húngaros, y sabía mucho: abría y cerraba las puertas.

Entraron a oscuras. Se guiaban por el olfato; pronto dieron con las ropitas de la muchacha, que olían a ella. Y cogiendo uno de ellos al oso de trapo, y creyendo que era ella, salieron corriendo los cuatro a gran trote.

Al primer bocado advirtieron la paja que iba dentro, y lo despreciaron. El osito de trapo volvió a casa. Notó el guarda que le habían mordido los osos de verdad, y comprendiendo entonces en el peligro que estaba su hija, aseguró bien las puertas. Y no pasó nada.—A.

### FEBRERO

"Piñón" era un chiquillo que vivía en un pueblecito chico.

Tenía una caja de soldados de plomo que le habían regalado los Reyes Magos. Era una caja que tenía un capitán, un corneta y ocho soldaditos.

En una tranquila tarde de febrero, "Piñón" estuvo jugando con sus soldados a la puerta de la casa. Y ya estaba oscuro cuando le mandaron recoger para meterse en casa.

Tan oscuro era, que no encontraba uno de los soldados. Pero pensó:

—Mañana, al despertar, vendré a buscarle.



Mas he aquí que a las doce de la noche comenzó a nevar y a nevar. El soldadito dió voces a sus compañeros, y ellos le oyeron; levantaron la tapa de la caja, se colaron por una rendija de la ventana y se tiraron a salvar al compañero.

Pero aquello fué un lío, porque caían en distintos sitios, se hundían en la nieve, y no se encontraban.

En esto, los mozos del pueblo más madrugadores, como aquel día no podían trabajar, empezaron la bola de nieve que hacían todos los años. Y pasaron por la puerta de "Piñón", y se llevaron todos los soldados sin darse cuenta, en la bola...

¡Oh, qué gran desgracia!... Los pobrecitos estuvieron sin verse mucho tiempo. Pero tocaba el del trompetín, y haciéndose galerías con las bayonetas, llegaron a reunirse los diez soldados de plomo en la bola.

La bola se hizo más alta que un hombre, y la dejaron a la sombra de la iglesia, para que durara hasta el verano.

Y duró. Los soldaditos, para calentarse, hicieron una salida a flor del suelo, y cogían las cerillas que tiraban los fumadores, que algunas quedan encendidas, y palitos y hojas secas.

Y de ese modo la bola se fué deritiendo por dentro, hasta que quedó como una pompa o como un farolillo encendido.

Y un día estalló como una pompita... y aparecieron las diez figurillas en el suelo.—N.

### MARZO

"Chispito" tenía una cometa, que llevaba pintada una careta.

"Chispito" tenía también dos amigos: Ramirito, que era alto y flaco como una caña de pescar, y Juanorro, que era rechoncho como un despertador.

Todas las tardes se iban de paseo y echaban la cometa.

Una tarde estuvieron hasta casi entrada la noche, y empezó a brillar casi como la Luna, porque la daba el Sol, de tan alta que estaba.

Un día de marzo, en que el viento clásico de ese mes castigaba duramente a los árboles y a las vidrieras, "Chispito", Ramirito y Juanorro soltaron su cometa.

Al principio no soplabá demasiado; pero al atardecer, cuando pensaban recoger el juguete, se redobló el vendaval y ni la altura de Ramirito, ni el peso de Juanorro le servían a "Chispito" para tirar de la cuerda.

El viento era como un enemigo y se llevaba con todas sus fuerzas hacia arriba la cometa...

Los tres muchachos tiraban y tiraban; sudaban, se desesperaban...



La noche se les echaba encima y aquel viento de marzo no cedía...

A veces, para descansar, ataban el bramante a un árbol, y tan tirante le ponía la cometa, que casi se podía tocar como en una cuerda de guitarra.

Ya era noche. Ya no se veía en absoluto la cometa.

"Chispito" lloraba y sus amigos querían consolarle.

Otra vez tiraron, soltando la cuerda del árbol, y otra vez tiró más el juguete, hasta gastarles toda la cuerda...

Por fin se calmó la noche, a eso de las diez.

Tiraron, tiraron ligeros y llegó a sus manos la cometa dichosa.

De pronto vieron que algo brillaba en la boca de la cabezota pintada. Se la abrieron como a un caballo... y le encontraron tres estremitas que se había cogido por ahí arriba. Y ellos se las repartieron.—TO.

### ABRIL

La hija de los duques de Tinachina, llamada "Chuni", tenía una lindísima patineta.

Durante el invierno no pudo sacarla al jardín. Pero sí al llegar abril.

"Chuni" gustaba de correr por aquellos paseos, que parecían haberlos hecho para patinetas, porque eran estrechos y hacían muchas culebrillas, que se pasaban divinamente con sólo que a niña torciera el cuerpecito un poco a derecha o a izquierda.

Los primeros capullos se ensiasmaban con aquellas carreras, y ellos solos, sin darse cuenta de lo que hacían, movían sus tronchos a un lado y a otro, al mismo tiempo que la niña. Era la afición, que tiraba de las flores.

De tal modo se aficionaron, que una vez en que iba "Chuni" en la patineta hacia el estanque, para llenar su regadera, y por eso guiaba con una mano sola, de pronto viró mal y se cayó hacia el macizo. Iba a pegar la cara contra las ramas de un rosál; pero fué el rosál y se apartó lo que pudo, para que la niña deportista no se pinchara con él...

Ya veis como las plantas admiraban a "Chuni", igual que los chiquillos admiran a los famosos futbolistas.

Sucedió entonces, que como la patineta estaba entusiasmada con su oficio, sobre todo por ser tan suavemente curvos y culebreantes los caminos, una mañana, antes de despertarse el jardinero, se puso ella sola a correr por allí, girando con sólo torcerse a un lado y a otro, como la niña.

Entonces un tiesto dijo:



—¡Cómo me gustaría que me dieras un paseíto!...

Y fué la patineta y se lo dió. Y desde entonces, todas las mañanas, de madrugada, paseaba a los tiestos del jardín, que con eso pasaron una primavera feliz. Y cada día le regalaban una flor, que la patineta se ponía en una de las abrazaderas de la bocina, como esos mozos que se ponen en las fiestas una flor en la oreja.—N.



# Año Nuevo en el salón

Se acercaba la fiesta de Año Nuevo, y dudé si pasarla por ahí, callejeando, viendo pasar desde un solar los ruidos de los tambores y los almireces, o irme al campo a descansar la noche tranquila, con algún triste topo ciego y solitario... Pero todavía tenía otra tentadora forma de pasar la noche, y era en algún salón aristocrático, donde nos divirtiéramos danzando unos cuantos amigos. Y eso fué lo que hice. Llegué a casa de los Príncipes de Simpleza, pariente por cierto del Príncipe PP, y busqué con el olfato alguna ratonera.

Salió un ratoncillo más chico que yo, que me conoció en seguida.

—Te he conocido por el olfato; tú eres el *Ratón Bombón*—me dijo.

—¿Y cómo sabes tú que haya ratón *Bombón* en el mundo?

—Pues porque leo los periódicos infantiles que traen los principitos.

—Muy bien; pues mira—le dije yo—; yo había pensado pasar la noche vieja en algún salón aristocrático, en medio de una fiesta soberbia...

—Has elegido mala cosa, porque aquí los príncipes no parece que preparen nada.

—No me digas más; aquí me quedo; porque eso es señal de que se irán a pasar ellos la fiesta en los salones de otros príncipes o duques...

Desde aquel momento yo me dediqué a citar por ahí ratones para esa noche, en el salón del Príncipe Simpleza. Quince seríamos en total. Y efectivamente, dadas las diez comenzaron a llegar invitados. Subía la escalera de mármol por la alfombra, para hacer menos ruido. Pero la casa estaba vacía. Unicamente se oían unos murmullos alegres en el comedor de criados, donde los servidores se disponían a comer las uvas a su hora.

Yo recibía a los ratones como si el príncipe fuera yo mismo. Hasta me había puesto un cuello de cartulina, imitando esos que llaman de pajarita.

¡Oh que gran fiesta se preparaba! Lástima que el salón estaba a oscuras, y nos dábamos topetazos con las patas de los sillones. Pero yo ordené enérgicamente al ratoncillo que conocía la casa, que trepara por el flexible y diera la luz.

Y así lo hizo. Llegó a las llaves y de pronto se encendió la araña de vidrios que pendía del centro del techo con cuarenta bombillas larguiruchas. Encenderse aquello y no quedar un ratón en el salón, todo fué uno. Luego fueron asomando poquito a poco el hocico por las puertas, agujeros y por debajo de los muebles, y me explicaron que el susto se le habían dado por ver antiguos retratos de familia, de hombres bigotudos y armados, que había por las paredes. Lo malo es que todos empezaron a quejarse dulcemente.

—¿Pero qué os pasa?—les pregunté yo, temeroso de que se desluciera el festival.

—¿Pero tú has visto cómo está de escurridiza la madera del suelo?—me respondieron. Es el caso, pues, que al pretender huir había patinado por el piso brillante.

Para animarlos me fuí al tocador de la princesa, cogí el pulverizador de esencia, y lo gasté todo en una lluvia fina que les alivió, les refrescó y les perfumó deliciosamente.

Aquellos sus dolores me dieron una idea y dije:

—Vamos a hacer carrera. El último que atraviere el salón tiene que ir a la despensa y traer un racimo de uvas para la hora de las doce.

Había quien se caía por el suelo y no paraba de dar volteretas. Pero como ya estábamos metidos en alegría, nadie se quejaba. Yo no pude correr de tanta risa, y me tocó con otro recoger las uvitas. Nada tan sencillo, porque resultó que los criados tenían la despensa abierta. Por eso mi compañero arrastró con un gran racimo de uvas a la arrastra... y a mí se me ocurrió llevarme un queso de bola. Cuando me vieron asomar se armó el partido de fútbol más importante del mundo.

Un muchacho, o sea un ratón, bajó cuatro velas de los candelabros que había en el piano, y esas eran las porterías. Y como éramos quince, uno arbitró, y formamos dos equipos de a siete. ¡Chicos, qué risa!...

Cuando el balón iba bien empujado hacia la portería, no había portero con valor suficiente para detenerle. Claro que aquello no era fútbol, sino *rugby*, que es con manos y todo.

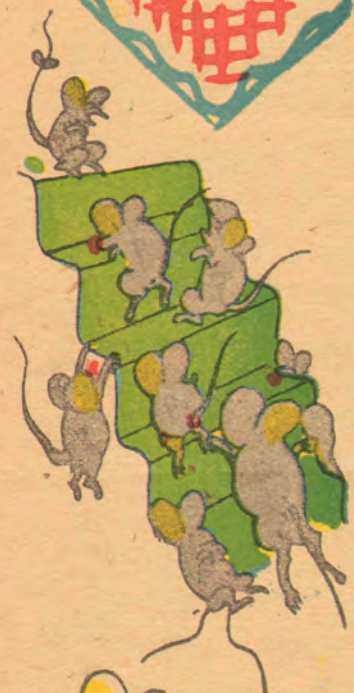
Al que le pillaba el rabo se iba un rato al brasero, ponía el rabito sobre la alambra y allí se le aliviaba. Unicamente hubo cierto ratoncete ya algo mayor que desconfiaba de todo, y que dijo que él no se arrimaba al brasero porque aquellos alambres eran una ratonera. Y en verdad que se parecen algo.

De pronto yo grité que nos debíamos comer el queso y todos fuimos a morderle. Pero ¡cal!, era tan redondo que resultaba difícilísimo meterle el diente. Entonces el ratoncillo más antiguo del palacio se fué a la habitación de al lado, levantó un baldosín azul que se movía, cogió una hoja de afeitar que tenía escondida... y con ella partió el queso.

Si os digo que en cinco minutos nos le habíamos comido todo os digo la verdad exacta. Claro que salimos de la comilona gordos como si fuéramos quince quesos de bola.

—Y ahora ¿quién es capaz de comerse las doce uvas al dar el reloj?—preguntó uno...

Nadie era capaz. Pero para bajar un poco la comida, nos pusimos a dar carreras. ¡Cómo nos gustaba correr por aquel salón brillante, cuando ya nos habíamos acostumbrado!...





# que habita el Ratón Bombón

Otro buen ejercicio era saltar y botar muchas veces seguidas en los divanes... ¡Zas!..., ¡zas!..., ¡zas!..., ¡zas!... Cada uno en un butacón o en un sofá de muelles...

Ya estábamos ligeros y ágiles otra vez. Iban a dar las doce dentro de diez minutos. Entonces yo, alocado por la alegría de estar allí tantos reunidos, y para festejar la entrada y salida de año, me subí al respaldo del sillón de la princesa, que era el más alto, y grité:

—¡Compañeros! Las doce se acercan. En ese momento la servidumbre de la casa estará atenta a las uvas, y estaremos como completamente solos... Yo propongo una cosa: que como jamás hemos de estar tan libres como ahora, veamos cuál hace una travesura más pintoresca en ese momento. Conste, ratones y ratonas, que no vale hacer disparates, ¿estamos?

—¡Bravo! ¡Bravo!...—Y otro añadió:—Yo propongo que apaguemos la luz y cada uno traiga al salón lo que le parezca, sin decírselo a los demás. Y al empezar a dar el reloj, encendamos y hágase entonces la travesura de cada cual.

—¡Muy bien!—le gritaron, y el pequeño ratón de la casa fué el encargado de apagar y encender. Apagó y en seguida empezó a sentirse el ruido de cuantas cosas traían al salón.

De pronto: “¡Tan! ¡cú-cú!... ¡Tan! ¡cú-cú!... ¡Tan! ¡cú-cú!”... El reloj del cuco empezó a dar las doce, y se enciende la luz, y aquí viene el cisco... el enorme cisco...

Yo casi era el más ingenuo, porque había traído un tirador de goma del principito, y con doce uvas que tenía apartadas se las tiraba al cuco cada vez que salía.

Le di con la tercera uva, le di con la quinta otra vez... y en vez de dar la sexta campanada se le oyó decir desde dentro:

—¡Bárbaros! ¡Anda y que dé las campanadas Rita! —Yo me caía de risa.

Otro ratón se había traído dos jaulas con canarios arrastrándolas por el pasillo, y al dar las doce las abrió, entró dentro y echó a puntapiés a los pajaritos, aunque sin daño.

Dos ratoncillos habían ido al nacimiento, habían cogido los Reyes Magos, los habían metido en tres autos de cuerda que había en el cuarto de juguetes, y al encender la luz los soltaron para que corrieran el salón, hasta estrellarse en la pared de enfrente.

Otro había cogido unos lentes, se los había prendido al lomo como un jinete, y empezó a dar brincos de potro salvaje, hasta que volaron rebotados y se rompieron.

Tres ratones muy templados se trajeron el gramófono, prepararon un disco de baile, y al dar la luz lo soltaron, a ver cual de los tres se quedaba más tiempo subido en el disco veloz. Claro que los tres salieron despedidos como en la rueda de la risa de la verbena.

Otros tres, los más traviesos, los que se pasaron de la barbaridad, trajeron seis bombillas que habían cazado por diversas habitaciones, y desde los respaldos nos tiraron seis bombas sonoras a las demás.

Uno se trajo un cinturón atado a un hilo y se escondió debajo de un sillón a tirar, para que pareciera una serpiente. Y si que nos dió un susto al principio.

Otro se había echado encima un sombrero de copa y traía a la arrastra un bastón, y decía que era el príncipe. Este era el más cómico. Y otro, en fin, había cogido la hoja de afeitar, del sitio donde su amigo la había escondido, se había subido a la escarpia de donde colgaba el retrato del señorón de mal genio que nos había asustado antes y, al dar las doce, cortó la cuerda y se cayó el cuadro con un estrépito imponente...

Fueron tantas cosas y tantos ruidos a la vez, que los criados dejaron de comer las uvas a las ocho o las nueve campanadas; atendieron asustados con el oído, cogieron pistolas, palos, escobas y los sables del príncipe... y salieron en caravana hacia el ratón, haciendo un poco de ruido porque querían dar tiempo a que los ladrones o los fantasmas huyeran.

Entonces el ratoncillo más antiguo de la casa, que conocía los trucos, nos enseñó rápidamente una lección y fué que dió un brinco al butacón que estaba más cerca de la araña de vidrio donde había tantas luces, y saltó a la araña del bote que pegó en la butaca.

Uno, dos, tres, cuatro... los quince hicimos lo mismo. Y cuando los ocho sirvientes empezaron a asomar sus cabezas, los ratones estábamos bien escondidos por aquella riqueza de cristal y de luces, y nadie nos veía. ¡Pobres criados! Yo los vi apretarse el pescuezo, hacia abajo porque a todos ellos se les había atragantado alguna uva con el susto de nuestro estrépito... Buscaron por debajo de los sillones, miraron si las ventanas estaban bien cerradas, cogieron los canarios, recogieron todo lo que había en el suelo, siempre con las escopetas preparadas, y apagaron y cerraron con llave.

De este modo, sobre una araña de luces, entré yo en el año. Después, en la oscuridad, se oyeron los quince golpecitos blandos de los quince saltos al bajar al suelo.

Y el más antiguo nos enseñó las galerías de salir al jardín, donde respiramos a gusto, y nos prometimos no volver a hacer semejantes barbaridades. Porque la verdad es que esto no tiene disculpa, ni para celebrar la entrada de un año nuevito, que por cierto de recién nacido era sólo de un minuto, o sea pequeñito como un ratón...—Bombón.





# EL AÑO DE LOS JUGUETES

MAYO

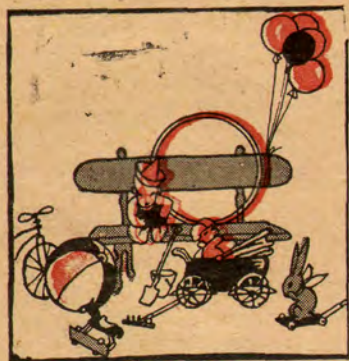
JUNIO

JULIO

AGOSTO

¡Qué bonita mañana de mayo estaba! Las chiquillas jugaban con los aros, los cochecitos de muñecas y los balones de colorines, y los muchachos con sus "bicis" y sus balones.

Después decidieron jugar a la gallina ciega en una plazoleta



que olía maravillosamente a rosas, claveles y jazmines, y todos, niñas y niños, dejaron sus juguetes amontonados alrededor de un banco.

—¡Ya es hora de que descansemos!—exclamó entonces un balón de fútbol.

—Pues a mí me gusta jugar con ellos—replicó una muñeca.

—Y a mí; pero es que hoy me han dado cada puntapié... que ya, ya—añadió el balón.

Metidos en conversación, empezaron a contar sus historias, y la más chocante fué la del aro, que lanzó muchas mentirijillas.

—Nací en una mañana de mayo como ésta. Recuerdo que al nacer sentí el grato perfume de una rosa de té.

—Pues ¿dónde naciste?

—Nací de un libro. Yo era, antes de nacer, el punto de una i.

—¿Tan pequeño?

—Ya lo creo. Yo era el punto de una i, en un libro de versos que estaba leyendo en un jardín una linda princesita romántica.

—¿Es posible?

—Ya lo creo que lo es. Más tarde crecí un poquito, el punto se abrió por en medio, y fui un mes o minúscula en un libro de cuentos infantiles. Luego seguí creciendo, y tuve el alto honor de ser anillo de boda, cuando se casó la misma princesa, en mayo del año siguiente...

—¿Qué coincidencia!

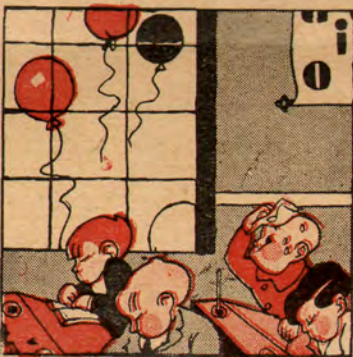
—Más tarde me ablandé, crecí un poquito, y fui goma para el paraguas de un profesor que se defendía de las ricas y sabrosas aguas de mayo. Fui servilletero de un niño que me tenía que tener cogido con la mano izquierda para saber que con la otra había de coger la cuchara. Fui cero en un cartel de una comba que valía diez pesetas. Crecí más, y me hicieron O del letrero de una botica. Luego, rueda de un carro de la basura para un niño que cumplía sus años en mayo, y, por último, aro. Esa es mi historia.—I.

Junio, junio... mes de exámenes. Por eso "Bombín", el colegial, andaba atareadísimo, estudiando hasta las dos o las tres de la mañana, y tomando sus tacitas de café, como un hombrecito, para estar bien despabilado.

"Bombín" era hijo de una viuda pobre, que tenía que bordar para una camisería de moda, y con eso iba consiguiendo pagar al hijo sus estudios.

Por eso "Bombín", aunque era juguetón, divertido y travieso, no tenía más deseo que terminar pronto su carrera, para que la madre no volviera a trabajar para él; al contrario.

Llegaba el día del último examen, que era jueves, y, a decir verdad, no sabía demasiado la asignatura aquella.



Había aprobado ya dos cursos en este mismo junio, y sólo le faltaba ésta, que como era la última, la había descuidado.

—Estaba por no presentarme—dijo.

—¡Ca!—le respondieron sus amigos José y Abdón—; tú te presentas. Sería una lástima que no aprobaras todas... Te presentas... y si apruebas, mejor para ti.

—Mejor para mi madre, sobre todo—respondió "Bombín".

Entonces fué cuando se les ocurrió a los amigos una estratagema para que el chico aprobara.

Le hicieron que se cargara de apuntes los bolsillos... y se fué al examen.

Era jueves y la ciudad estaba llena de globitos de esos que en tal día regalan en las tiendas. Por eso Abdón reunió cinco y se fué al pie del Instituto.

Entretanto José entró en la clase donde eran los exámenes y se colocó cerca de la ventana. Y cuando "Bombín" salió a la pizarra llamado por el catedrático, José se limpió el sudor con su pañuelo blanco. Era la señal para que Abdón soltara los globos.

Empezaron éstos a subir, uno por uno, y a llamar la atención por la ventana, y todos, hasta los catedráticos, miraron con atenta curiosidad. Lo cual le sirvió a "Bombín" para sacar los apuntes, copiar y aprobar los dos cursos completos.

Los globos siguieron subiendo, y contaron a los querubines lo que habían hecho; y entonces los querubines se reían "la mar"...—O.

Pues, señor, éste era el niño "Cucharillo", que ponía nombre a sus juguetes. Pero nombres de persona.

Este pintoresco "Cucharillo" tenía un tren que le habían regalado por haber obtenido dos sobresalientes, y al cual llamaba "Manolo".

¡Cuánto corrieron los dos (el tren y el niño) por los pasillos de la sala, tirando el chico con una cuerda!

El juguete tenía sus vías; unas vías que hacían una rueda poco mayor que una de automóvil; pero a "Cucharillo" le gustaba más correr toda la casa, y a "Manolo" también le gustaba; esa es la verdad.

El tren dormía en la alfombra del chico, y a la hora de las comidas, era colocado a los pies mismos de la silla.

Inseparables en los paseos, lo eran también en casa. Y le cuidaba, le limpiaba, hasta le hacía caricias...

Pero llegó el mes de julio, y los papás de "Cucharillo", y él con ellos, tenían que preparar el equipaje, porque se iban a una playa veraniega.

Naturalmente, lo primero que hizo el chico fué preparar su juguete predilecto: el "Manolo".

Y lo primero que hizo la madre fué retirarlo, y decir al niño:



—No te molestes. En la playa, juegos de playa. Pero con el tren ocupamos lugar en el baúl; necesito mucho sitio para tus vestidos.

El niño se echó a llorar, y hasta subió a su regazo el juguete, como a un gatito, mimoso. La madre no le hizo caso, creyendo que aquel llanto era más por cabezotada que por cariño al juguete.

Llegó la hora de partir. El niño dió un beso al juguete. Bajaron las escaleras, tomaron un "taxi", arrancaron a su hora en el tren de verdad...

Y cuando todos iban tan tranquilos, menos el chico, que iba pensando en su juguete, advirtieron que todos los viajeros se asomaban a las ventanillas.

Se asomaron también los padres y el chico... y vieron a "Manolo" que caminaba al lado sofocadamente, como un cariñoso lebel que sabe que en el ferrocarril va su amo.

Y en la próxima estación le montaron con ellos.—RR.

Allá, en una playa de verano, pasaba los meses de calor la simpática "Pizquina", una niña rubia.

A "Pizquina" la habían regalado un balandro de juguete para que jugara con él en el mar. Y le llevaba con una cuerda atado; y si ella iba en lancha, lo llevaba prendido atrás de la barquita.

En uno de esos paseos se soltó el bramante; y cuando se les ocurrió mirar ya lo habían perdido de vista.

Y allá se quedó el balandrito, casi en alta mar, sin esperanzas de que las olas lo empujasen a tierra.

¡Oh, pobre juguete desgraciado! ¡Pobre juguete del mes de agosto!...

Pero lo vieron desde dentro del agua cinco sardinas de lomo plateado, brincadoras y alegres, y una dijo:

—¿Qué pasaría si nos montáramos en esta embarcación de lujo?

—¿No habrá nadie?—preguntó otra, más temerosa.

—Creo que no; pero eso lo podemos ver—, y, en efecto, empezaron a saltar sobre la superficie del agua, y una a una se convencieron de que no había nadie. Entonces la más atrevida fué y saltó a la embarcación, y todas ellas después.

Daba alegría verlas arriar las velas como expertos marineros, porque conocían divinamente los vientos del mar.

Dormían por las noches, quedándose una de guardia, y de día se dedicaban a pescar pececillos con un bramante y un clavito torcido que encontraron en el barco.

Pero he aquí que una noche hubo tormenta. Las olas hacían que el barco saltara de un modo terrible. Y de pronto llegó una ola gigantesca, cogió el balandro y lo volcó angustiosamente.



Las sardinas cayeron. Cada una se fué por su lado. Y ya se iban a ahogar, cuando de pronto se acordaron de que eran sardinas... y ¡claro! nadaron tan ricamente. Pero... ¡qué susto se habían llevado al creerse que eran hombres! Porque pensaban que entonces hubieran tenido que ahogarse.

Eso las sucedió por creerse ya marineros.—O.

el perro,  
el ratón y  
el gato...



# EL AÑO DE LOS JUGUETES

SEPTIEMBRE

OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

"Hipopomito" era el chiquillo más salado de un barrio castizo de las afueras.

Tan salado era, que una vez ató una cuerda larga a las campanas del reloj de la torre, y así era siempre la hora que le convenía, y traía un poco loco al pueblo entero.

Pero esto no tiene que ver nada con nuestro cuento.

Le regalaron un día un tiro al blanco con una escopeta de esas que tienen balas terminadas en un círculo de goma, que se pegan a presión en las paredes.

Ensayó mucho con la escopeta, y ya apagaba las velas a distancia. Y si no las apagaba, las tiraba luego una sandalia, y juraba él a que había sido con el tiro.

Su madre le dió un día un viejo cuello de piel de un gabán que deshizo, y entonces "Hipopomito", que veía pasar los cazadores por ser septiembre la época en que salen a cazar, fué y con un bastón de pincho del papá se hacía conejeras en el jardín, y ponía la piel a la puerta, como si fuera un conejo.

Y se divertía tirando a cazar. La daba pocas veces; pero cuando la daba la hacía pegar un brinco que no se sabía si era de dolor o por el golpe.

La cosa es que una noche el niño metió la piel en la casa para seguir jugando mañana, y se quedó en una silla al lado del perchero donde la mamá había dejado el abrigo nuevo, con el cuello de piel nueva.

Se pusieron a charlar las dos pieles, y la vieja contó a la otra lo desgraciada que era, y el daño que la hacía la escopetita de "Hipopomito".

Por eso al día siguiente, cuando la señora iba de paseo con su abrigo nuevo, oyó una voz que la decía:

—No dejes a tu hijo jugar



con escopetas, ni aunque sean de juguete, que es un arma peligrosa siempre.

La señora, como no vió a nadie por allí, se creyó que era un aviso del cielo, y mandó destruir ese juguete que imita al antipático aparato de matar.

El chico lloró, pero se le pasó pronto. Y la piel nueva, que era quien lo había dicho, se quedó muy satisfecha de su nueva obra.—B.

Ha llegado el mes de octubre, y "Pestañita", después de haberse pasado divertidísimo la época del verano, tiene que ir al colegio...

¡Pero se le hace más cuesta arriba!...

En cambio, no se le hace cuesta arriba el ir a los grandes partidos de fútbol, que empiezan en octubre, ni jugar con su balón de fútbol.

No servía que el padre le dijera:

—Hijo mío: si estudias esta semana te compro una bocina de tamaño natural para la "bici".

Ni valía tampoco que la mamá exclamara:

—Si esta semana te sabes las lecciones, hijito mío, el domingo pondré tu nombre con canela sobre el arroz con leche...

Ni valía tampoco que su padrino añadiera:

—"Pestañita", si estudias, te regalo un par de guantes azules...

Tampoco valían castigos. Los castigos del padre eran multiplicaciones por números de muchas cifras, que parecían luego escaleras de un gran palacio. Y los de la madre, hacerle probar las croquetas para que viera qué buenas estaban, y luego no darle nada...

Un día el niño se echó a llorar, y dijo:

—Papá: es que me pongo a



estudiar... y no puedo; no tengo voluntad...

Al padre le dió pena, y se puso a pensar el procedimiento de hacerle saber las lecciones. Y lo ideó, al fin. Cogía el balón de "Pestañita", y el mismo papá lo inflaba, y al mismo tiempo que lo inflaba iba diciendo, para que entrara dentro de la goma todas las palabras de una lección.

Luego dejaba que se fuera saliendo un poquito de aire, y le decía:

—Toma, hijo mío, el balón, y estate una hora jugando con él sin dejarlo.

Resultaba que con el aire se iba saliendo poquito a poco las palabras de aquella lección. Y como el niño estaba siempre atento a donde iba la pelota se aprendía sin querer las lecciones que de allí salían.

Y así todas las tardes, y fueron felices.—L.

Las hermanas "Lili" y "Rurrú", hijas de los condes de Relojes, tenían un precioso campo de "tennis", y sus amigas Pilar y Nieves acudían a jugar con ellas todas las tardes.

Hasta parecía que a la pelota le gustaba saltar la red como un caballo de concurso cuando eran ellas que la pegaban con elegancia.

Entró noviembre. Dejaron una tarde, ya anochecido, de jugar, y se fueron a casa. Y sucedió que aquella noche empezó a caer agua, agua, agua, y por la mañana estaba el "tennis" hecho un charco.

Y ya sabéis lo pesado que noviembre se pone algunas veces; continuó cayendo agua, agua, agua, agua... durante más de veinte días.



Entretanto ocurrió una cosa notable, y es que "Rurrú", temerosa la última tarde de que aquella noche lloviera, no quiso dejar las pelotas del "tennis" que se estropearan con el agua, y las echó a la perrera, que era lo único cubierto que había por allí.

La perra, llamada "Besuguita", fué, y al caer las primeras gotas se metió en la perrera. Y tanta agua cayó en los días sucesivos, que no salió de allí apenas, si no era para comerse lo que le traía todos los días un criado.

Al principio, las tres pelotas del "tennis" la molestaban para colocarse. Pero luego se acostumbró, y las dejaba en medio del nudito que ella se hacía cuando se quedaba dormida; de modo que estaban tan calentitas. Y hasta la perra las cuidaba y las colocaba con suavidad.

Sucedió, sucedió... que al cabo de los días las tres pelotitas se fueron abriendo una por una... y de allí salieron tres saladísimos patitos, con los que la perra se encontró inesperadamente.

Como una gallina.

Por fortuna, el animalito era muy cariñoso, y comprendiendo sus obligaciones de madre, salía con los patitos de paseo, los señalaba con el hocico donde polían picar... y luego se recogía y los abrigaba otra vez en su nudo, donde los encontraron las deportistas el primer día de sol.

¡Y qué alegría les dió!—E.

"Minutillo" era muy travieso. Como que tenía la costumbre de salir todos los días con doce monigotes de papel, y los iba poniendo en todos los carros, coches y "autos" que veía parados.

De modo que luego se pasea-



ba por la ciudad la obra traviesa de "Minutillo".

Y todo el pueblo se reía.

Resultó que su padrino le compró un tambor grande, ruidoso, de sonido profundo.

Los que vivían en la misma casa se echaron a temblar, porque hasta los pisos y las paredes temblaban cuando el tambor sonaba. ¡Cielos, qué Nochebuena más espantosa iban a pasar!...

Y, sin embargo, se equivocaron. ¿Por qué? Pues veréis. Se acercaban las fiestas de la Navidad. Ya no tenían colegio los niños y la gente compraba figuras de nacimiento, turrónes, pavos, besugos, mazapanes, panderetas...

La madre de "Minutillo" se preparó para guisar una buena cena y dejó el besugo en la fresquera.

Entonces fué cuando "Carloto", que era el nombre que le habían dado a su gatito, encontró la forma de abrir del encierro al besuguito... y comérselo con una rapidez asombrosa, dejando sólo las rasas...

¡Qué banquete se dió!

"Minutillo" fué el primero en advertirlo. Y como era tan travieso, disculpó al "Carloto" su travesura, y pensando en salvarlo del castigo lo metió dentro del tambor, cosiendo después la tapa.

El padre, la madre y la criada buscaban al gato con palos; el chico también hacía como que le buscaba.

Luego, ante el nacimiento, a la hora de cantar, todos temían al niño, porque otros años daba grandes voces; pero el niño tocaba muy flojito, muy flojito para no volver loco al felino.

Y cuando sus amigos querían atronar la casa con aquel formidable tambor, "Minutillo" les decía:

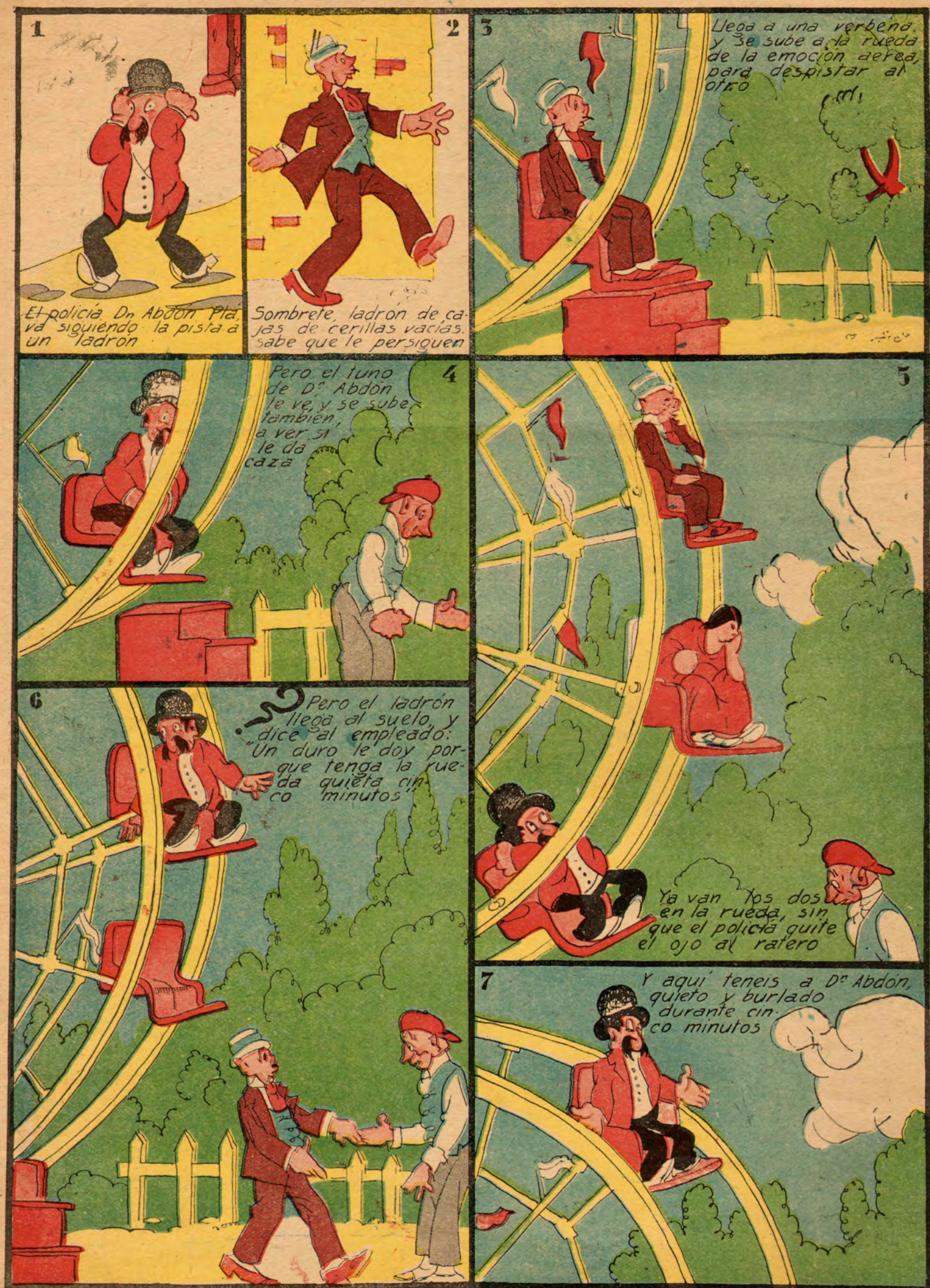
—¡Quietos! Que hay abajo un enfermo—; claro que no había tal enfermo.

Hasta que se les pasó en casa la ira contra el gato, y entonces, lo soltó.—S.

el perro,  
el ratón y  
el gato...



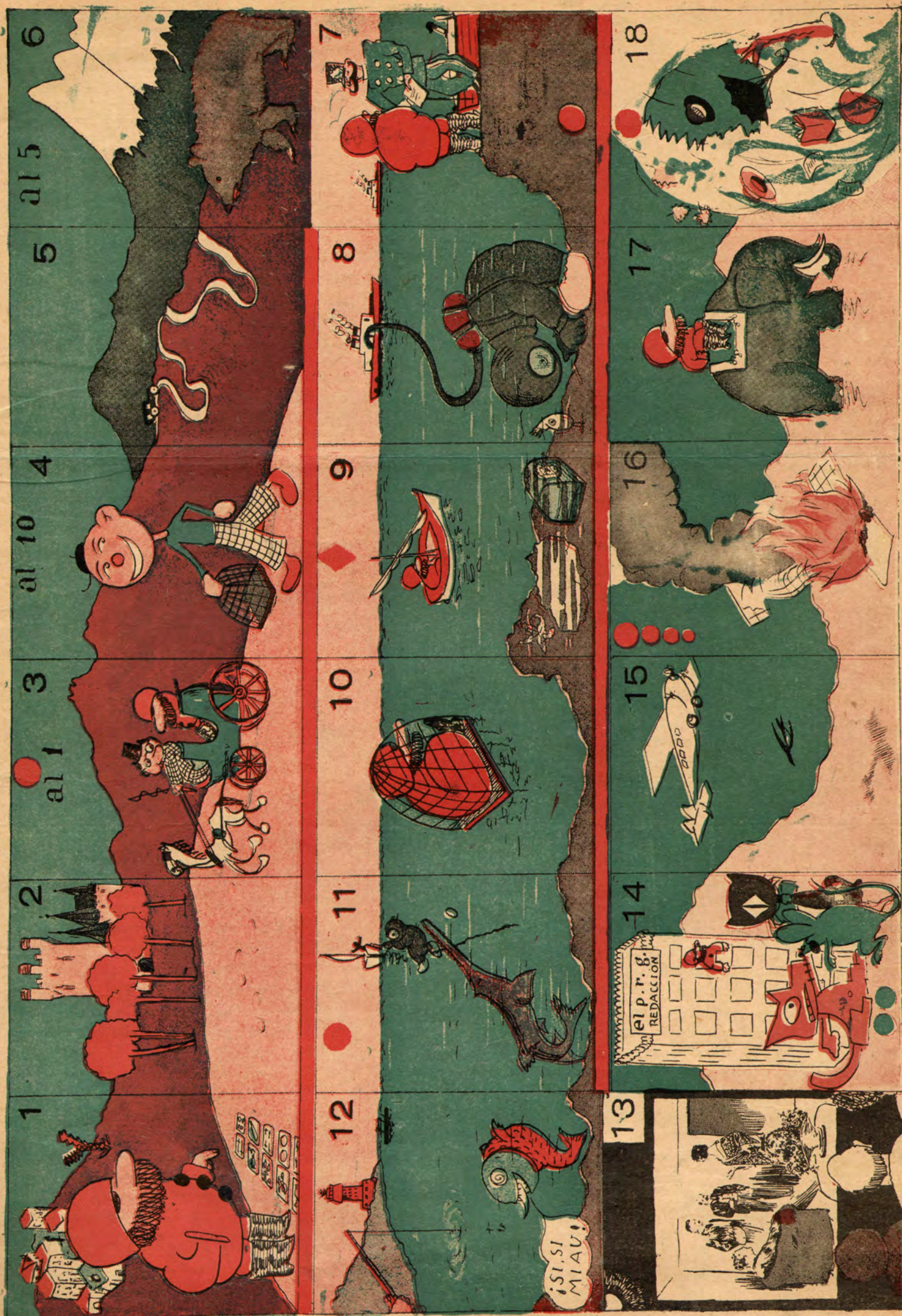
# EN LA PISTA DEL LADRON



el perro,  
el ratón y  
el gato...



# JUEGO DE DON CAPERUZO ENCARNADO



el perro.  
el gato...

(Véase al dorso la explicación de este pliego.)



# JUEGO DE DON CAPERUZO ENCARNADO

Al dorso de esta página habéis visto un juego. Es el juego que ha inventado para vosotros el Mago Botijo; se titula:

## Juego de don Caperuzo Encarnado.

Podéis empezar por arrancar cuidadosamente la hoja, porque desde esta página, hasta la que tiene pintados un *Trespelos*, un *Bombón* y un *Adivino* para recortar, el periódico viene dispuesto a entregarse a vuestras tijeras.

Pueden jugar dos, tres, cuatro o cinco amigos. Tal vez más. Cada uno tendrá su ficha, que debe tener una flecha pintada, para que se vea si va o vuelve, porque en este juego hay que ir del 1 al 18, y del 18 al 1, tantas veces como sea preciso.

Consiste la fiesta, en que *Don Caperuzo Encarnado* sabe que hay un tesoro escondido, y no sabe dónde. Se trata de un bloque de plata y de un arca llena de oro. Se le ve al señor en el primer cuadro pretendiendo adivinar en las cartas, como las brujas, el sitio donde está el tesoro.

Las fichas se colocan fuera de la plana, y tira el primero, o mejor dicho, no tira; saca la carta de la baraja; luego el segundo, y así sucesivamente. Después vuelven a sacar, y van avanzando según los números que tengan las cartas.

Ganará el que caiga en el 9, que es donde está el tesoro. Pero ganará si ha sacado una carta que sea de oros, si no, como si nada.

Cada jugador debe tener un montón exacto de fichitas o judías: quince o veinte, y al empezar dejar dos en un platillo.

En el cuadro 2, sigue el caballero las huellas de otros caminantes; en el 3, el que caiga paga una al plato y se vuelve al 1, porque *Don Caperuzo* se le

olvidó el pañuelo y toma un coche; el que cae en el 4 monta en la jaula de Carloto y se va al 11; sigue su ruta en el 5; si va al 6 se vuelve al 5 de miedo; también en el 7 se paga una judía al plato si quiere embarcar; busca el tesoro en el 8; todo el que pase por el 9 sin parar paga otra judía, y si para en él por carta que no es de oros, no paga nada, pero no gana; buen viaje lleva en el 10; en el 11 echa una moneda al pez sierra para que se distraiga, o sea que paga una; en el 12 está pescando; 13: como hay cine entra, aunque le cueste una judía; 14: en la redacción de El P. R. G. es agasajado, y toma dos monedas; ¡bonito vuelo lleva en el 15!; en el 16 arde el avión y pierde el jugador; si quiere volver a jugar, le cuesta cuatro judías; en el 17 viaja como un príncipe; en el 18, si se para, se le vuela la cartera y pierde una; pero si no hace más que pasar y volver, no paga nada. Llega luego hasta el 1, y así sucesivamente, hasta que uno penetra en los tesoros del 9 con carta de oros, que se lleva el platillo. Se comprende que de vuelta se pagan las mismas cosas que de ida.

Lo mejor para este juego es poner la baraja sobre la mesa, e ir cogiendo cada uno la carta de encima, hasta acabarla. Y luego, vuelta otra vez.

En los cuadros que hay un circulito rojo, es donde se paga una judía. Pero además hay que recordar que al pasar sobre el 9 sin tocar el tesoro se paga otra, por inocente, y que en el 14 se cobran dos.

En los cuadros en que hay circulitos azules, hay que coger judías.

Si de retroceso se va al 3, al 4 ó al 6, que mandan ir al 1, al 10 y al 5, se atiende dicha disposición, y luego se sigue retrociendo; para eso debe ir la flecha indicando que va de retroceso.

Ahora, a divertiros, bien estudiada y con cuidado esta explicación.

## El perro, el ratón y el gato comen en el mismo plato y luego pasan el rato

El Gato Adivino, que sabe tantas brujerías, reunió el otro día a tres o cuatro chicos, entre los que estaban Carloto Perra y Botón del Aire, y les estuvo enseñando Física recreativa, que los muchachos hacían con grandes carcajadas en los fracasos y entusiasmos en los triunfos.

También estaban Trespelos y Bombón, que habían comido con Adivino.

Ahí tenéis, por ejemplo, eso de poner sobre el dedo índice una tarjeta y sobre la tarjeta un duro (o una perra gorda, cuando no hay un duro, como sucedió el otro día). Y si luego se da un papirotazo bien dado en una de las esquinas, se va la cartulina volando, y se queda la moneda en la punta del dedo.

Luego estuvieron tirando al blanco con agujas, en un papel pegado sobre una ta-

bla, o haciendo con tiza rayas que se puedan borrar en una puerta. Las agujas, si no se las pone una pequeña hebra, no suelen pegar con la punta; pero con hebras van como flechas con plumas: derechitas. El juego es bonito para cuando no hay nada qué hacer.

También hicieron un tobogán de pa-



pel. Cogieron tres o cuatro libros de distinto ancho, los pusieron de lomo, de mayor a menor. Después ahumaron un papel

de cerca de un metro de largo por quince centímetros de ancho; lo ahumaron para que el agua no calara. Lo pusieron en forma de tobogán. Y echando gotas de agua en la mon-

taña más alta, era curioso verlas ir pasando por todas las montañas, subiendo y bajando por la fuerza inicial. Pusieron un plato (menos mal) para que no se manchara la mesa al bajar las gotas la última cuesta.

Por último, estuvieron jugando a la caza de la manzana, poniéndola en el codo, y a una voz, salir a por ella con la mano del mismo brazo. Muchas veces se consigue alcanzarla, gracias a que al iniciar un cuerpo la caída, tiene un instante de poca velocidad. En fin, que se pasó la tarde divinamente.



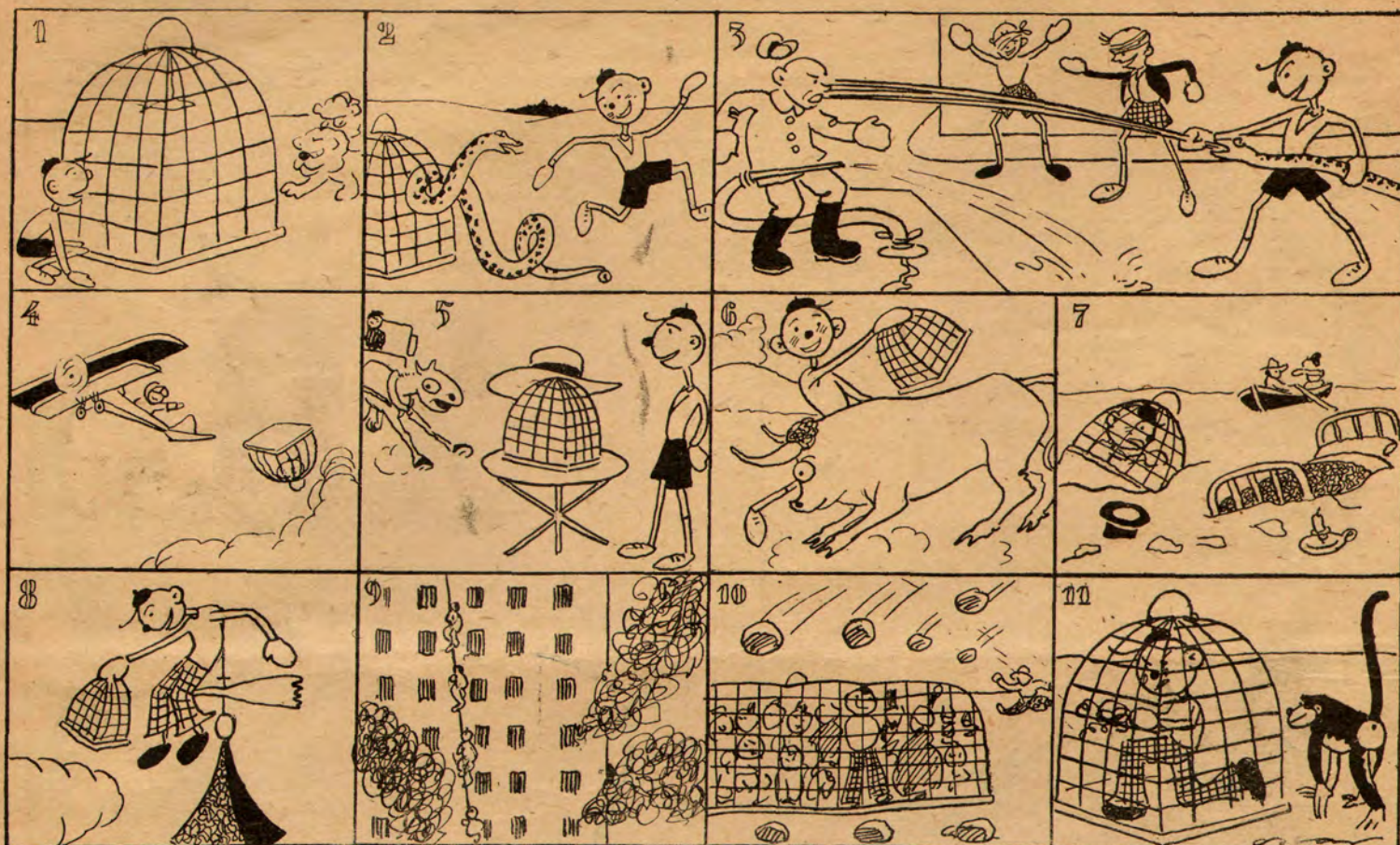
**FOTOGRAFADOS FRUST GRÁFICO C.I.A.P.**

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44 - MADRID - TELÉFONO, 57.964.

RÁPIDOS  
IRREPROCHABLES  
ECONÓMICOS



# MOMENTOS DIFICILES DE CARLOTO PERRA



Me pide EL P. R. G. que para su Almanaque le recuerde algunos momentos difíciles de mis aventuras pasadas: 1.º Recuerdo aquel día en que me querían comer tres leones; inflé la jaula, abrí, me puse detrás, y entraron creyendo que estaba yo.—2.º Una vez me quiso picar una serpiente; bailé alrededor de los barrotes, quiso atravesarlos y se hizo un nudo.—3.º Luego la domesticué y me sirvió para hacer una manga de riego; en vez de agua puse los alambres de la jaula, y arañé a un manguero que tiraba piedras a los chicos.—4.º Una vez fui polizón y me arrojaron al viento. Afortunadamente, me cogió un pájaro en el aire.—5.º ¿Os acordáis de un caballo desbocado, que se detuvo para comerse un sombrero de paja que yo había regalado a la jaula por sus servicios?—6.º Me ha servido la jaula para dar un pase a un toro sin querer. Luego la dió una cornada y la echó al aire.—7.º En una inundación, cuando ya iba a ahogarme, una señora de una Sociedad protectora de animales me mandó coger, creyéndose que yo era un canario.—8.º En cierta ocasión iba yo volando con la jaula llena de aire; me la pinchó una avispa y caí en una veleta, y para que subieran por mí tiré la jaula a la chistera del alcalde.—9.º En un fuego me salvé y se salvó la gente gracias a una escala que hice con los alambres de la jaula y las rayas de mi pantalón.—10. No olvidaré tampoco aquel terremoto universal, en que se salvó el mundo gracias a mi jaula.—11. Lo más chusco fué cuando quise cazar un mono de imitación haciendo nudos en mi jaula, y que luego él quisiera hacer igual y no supiera salir..., y fui yo el que no supe desatarlos, ¡y él me los desató!...

## 2.º CUPON EXTRAORDINARIO

### Para la frase de "Don Quijote"

CON MOTIVO DEL NUMERO-ALMANAQUE

Este 2.º CUPON extraordinario es valedero por los treinta cupones de *La frase de Don Quijote* publicados en EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO antes de las fiestas de Navidad.

El que presente este 2.º CUPON, más la colección de 40 a 42 cupones que se viene publicando en las planas centrales, tendrá derecho a DOS NUMEROS para el sorteo de 1.000 PESETAS, una BICICLETA, una MUÑECA y un BOLSO, si es que consigue acertar en los capítulos.

El que presente este 2.º CUPON, más los cupones numerados del 31 al 42, que empiezan en el número 31 de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, tendrá derecho a UN NUMERO para el sorteo de dicho espléndido regalo.

Y el que presente este 2.º CUPON, más el CUPON EXTRAORDINARIO que se publicó en el número 19, más la colección de 40 a 42 cupones que se viene publicando en las planas centrales, tendrá derecho a TRES NUMEROS para el sorteo.

Hay que acertar a qué capítulos de *Don Quijote de la Mancha* pertenecen las frases que están publicadas al dorso de este 2.º CUPON, advirtiéndose, para mayor facilidad, que a continuación de cada frase indicamos tres capítulos, a uno de los cuales pertenece la frase.

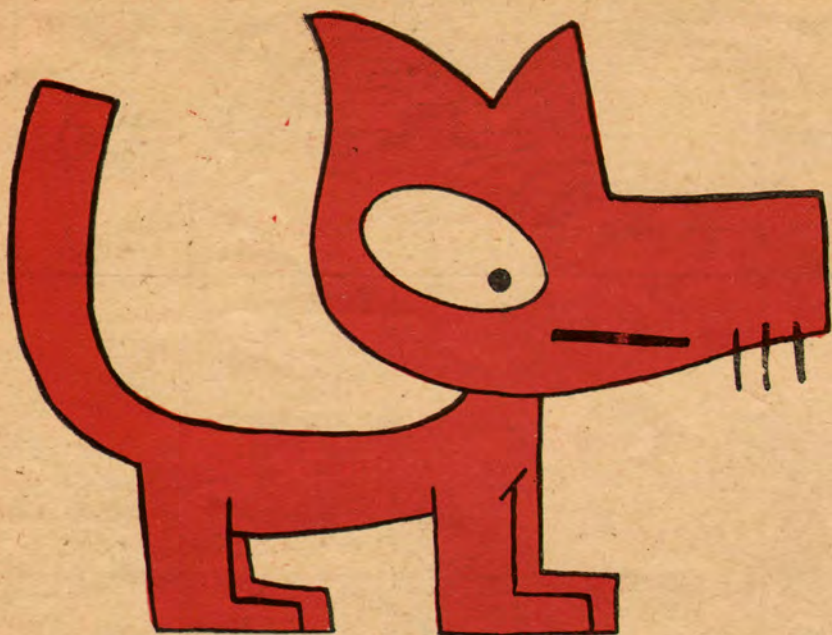
Estas frases son las mismas que se publican en los treinta primeros números de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO.



el perro,  
el ratón y  
el gato...



**TODOS, ABSOLUTAMENTE TODOS LOS CHICOS, NIÑAS O NIÑOS ESPAÑOLES, DEBEN PEGAR EN CARTULINA ESTOS TRES AMIGOS, Y RECORTARLOS DESPUES PARA TENERLOS ADORNANDO SU CUARTO**



## 2.º CUPON EXTRAORDINARIO

**Averiguar en qué capítulos de la gran obra de Cervantes dice Don Quijote las siguientes frases:**

(Táchese con tinta, a continuación de cada frase, los dos capítulos a que no pertenezca ésta)

1.—¡Oh, tú, quienquiera seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada!" (Capítulos I, II y III.)

2.—"Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo; lléveme a mi lecho..." (Caps. IV, V y VI.)

3.—"Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso..." (Caps. VII, VIII y IX.)

4.—"¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro..." (Capítulos X, XI y XII.)

5.—"Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela." (Caps. XIII, XIV y XV.)

6.—"... porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguñón ni de reuma alguna." (Caps. XVI, XVII y XVIII.)

7.—"... yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo lloro lo que ella tarde en venir." (Caps. XIX, XX y XXI.)

8.—"... Esto es prosa y parece carta..." (Capítulos XXII, XXIII y XXIV.)

9.—"Mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea." (Capítulos XXV, XXVI y XXVII.)

10.—"... como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave." (Caps. XXVIII, XXIX y XXX.)

11.—"¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y viniste por los aires..." (Caps. XXXI, XXXII y XXXIII.)

12.—"... que aquí tengo y no te ha de valer tu cimitarra!" (Caps. XXXIV, XXXV y XXXVI.)

13.—"A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas." (Capítulos XXXVII, XXXVIII y XXXIX.)

14.—"Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles..." (Capítulos XL, XLI y XLII.)

15.—"¿Qué rey no le asentó a su mesa?" (Capítulos XLIII, XLIV y XLV.)

16.—"Perdonadme, hermosas damas, si algún desaguisado por descuido mío os he fecho, que de voluntad y a sabiendas jamás le di a nadie." (Capítulos XLVI, XLVII y XLVIII.)

17.—"¿Qué, el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada?" (Capítulos XLIX, L y LI.)

18.—"Quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen..." (Caps. LII, o I y II de la 2.ª parte.)

19.—"... ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia..." (Caps. III, IV y V, 2.ª parte.)

20.—"... que cualquier rayo del sol de su belleza que llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento..." (Caps. VI, VII y VIII, 2.ª parte.)

21.—"¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra?" (Caps. IX, X y XI, 2.ª parte.)

22.—"Cada día, Sancho, te vas haciendo menos simple y más discreto." (Caps. XII, XIII y XIV, 2.ª parte.)

23.—"... retírate, Sancho, y déjame, y si aquí muriese, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más." (Capítulos XV, XVI y XVII, 2.ª parte.)

24.—"... que yo quiero ser maestro desta esgrima y juez desta muchas veces no averiguada cuestión." (Caps. XVIII, XIX y XX, 2.ª parte.)

25.—"Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos." (Caps. XXI, XXII y XXIII, 2.ª parte.)

26.—"... y esto de sonar campanas en San sueña, sin duda es un gran disparate..." (Capítulos XXIV, XXV y XXVI, 2.ª parte.)

27.—"A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos?" (Capítulos XXVII, XXVIII y XXIX, 2.ª parte.)

28.—"Y hablador." (Caps. XXX, XXXI y XXXII, 2.ª parte.)

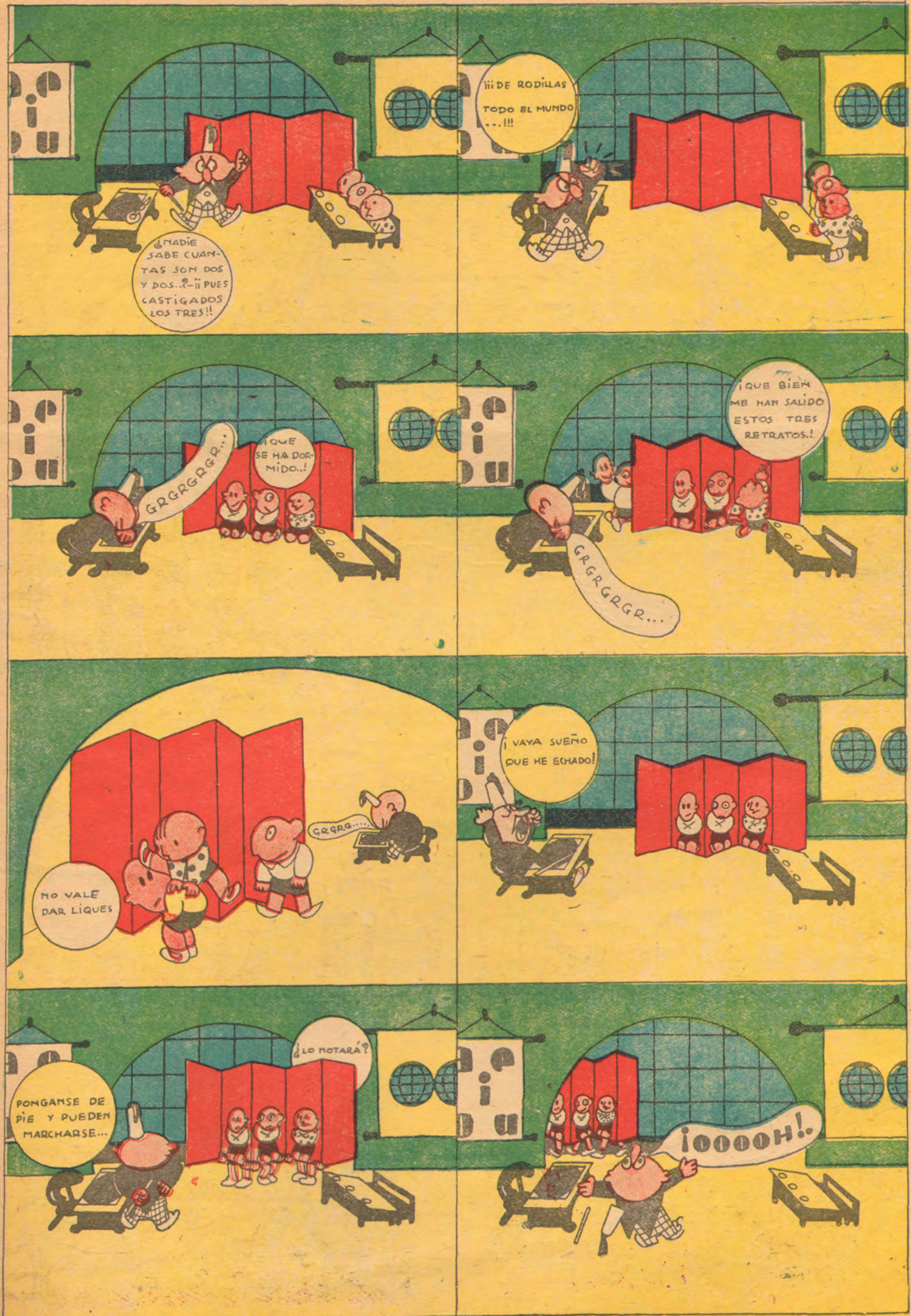
29.—"... que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta." (Capítulos XXXIII, XXXIV y XXXV, 2.ª parte.)

30.—"Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir a toda suerte de menesterosos..." (Caps. XXXVI, XXXVII y XXXVIII, 2.ª parte.)

**el perro,  
el ratón y  
el gato...**



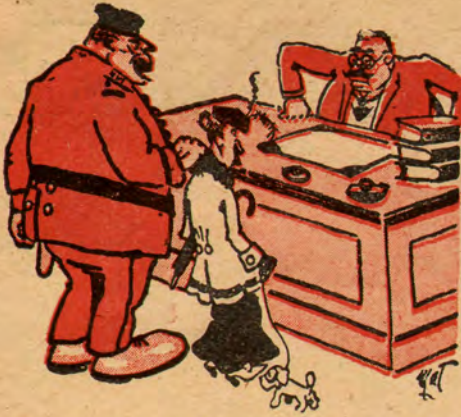
# LOS CHICOS Y EL BIOMBO



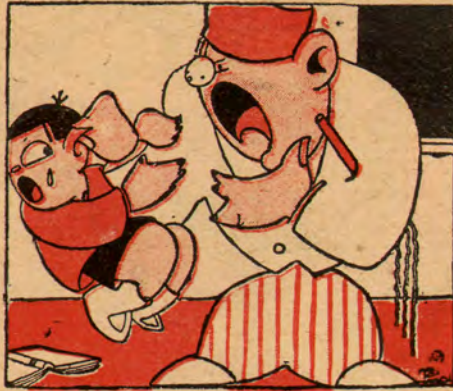
el perro,  
el ratón y  
el gato...



# —Anda, Bombón, dime chistes.— Voy.



El agente dice.—Señor comisario: no sólo me insultó esta señora, sino que además azuzó al perro para que me devorara.



El maestro, suspendiendo de la oreja al niño.—Esto es para que te acostumbres al suspenso de junio.



El sastre, un poco distraído.—Apunte usted de pecho uno ochenta.



—Es un buen alumno; pero un poco embustero.

—¿Pues no sé a quién puede haber salido, porque su madre jamás miente, y yo no estoy casi nunca en casa!



—Chica: baila una vez con Hipólito, y no querrás volver a bailar con nadie.

—Pero... ¿tan "hacha" es?

—No. Es que te deja los pies imposibilitados para toda la vida...

## ANDALUZADAS

—Es tan alto el nuevo rascacielos, que Felipe se cayó ayer del último piso y...

—¿Se mató?

—Allá veremos. Todavía está cayendo.



—¿Tú sabes, amigo mío, cuál es el pez que anda para atrás y para "alante"?

—No lo sé, chico.

—Pues el "pez-tillo".



—¿Y vas a coger setas con esa tranca?

—¡Ah, claro! ¡Por si me encuentro alguna venenosa!



—Niño, ¿y tu padre?

—Está allí con los borricos. Es aquel que tiene el sombrero puesto



## LA PAJA EN EL OJO AJENO

La dueña del desgraciado burrito.—¡Salvajes! No sé cómo os gusta martirizar a los animales...



—Estoy muy disgustada. Mi hijo Ramoncito no me contesta. Es un ingrato. Le mandé dinero y no me escribe una palabra.

—Haga usted lo que yo con mi Albertito, que le escribo diciéndole: "Ahí te mando quince durillos"... y contesta siempre.

—Pues eso hago yo.

—Es que yo no le mando nada; no hago más que decirselo, y me escribe preguntando por ellos.



# LA CAPERUCITA ENCARNADA

Acaso el cuento que más ha corrido de generación en generación entre los niños de España y de gran parte del mundo, sea esta leyenda de Caperucita Encarnada.

Nosotros queremos que EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, en su número-almanaque, reproduzca el viejo cuento como un homenaje, y hemos elegido para ello el texto de Perrault, que con tanta gracia e ingenio supo coleccionar y ofrecer a los siglos siguientes las leyendas infantiles de su época.

He aquí la narración:

Era una vez una aldeanita, hermosa como nadie pudo nunca imaginarla; su madre la quería tanto, que estaba loca con ella, y su abuela, más loca todavía. Habíala dado la abuela un gorrito encarnado y le sentaba tan bien, que todo el mundo la conocía con el nombre de *Caperucita Encarnada*.

Un día, su madre, después de haber cocido tortas en el horno, la llamó y le dijo:

—Tu abuelita está mala; ve a visitarla y llévale esta torta y esta orcita de manteca.

*Caperucita Encarnada* se dirigió en seguida hacia una aldea próxima, donde su abuelita vivía.

Al pasar por el bosque, encontró al señor Lobo. El muy tunante se hubiera comido de buena gana a la niña; pero no se atrevió porque unos labradores que se hallaban cerca, podían verle. Le preguntó que dónde iba. La pobre niña, que ignoraba lo peligroso que es detenerse a escuchar a un lobo, respondió:

—Voy a casa de mi abuelita a llevarle una torta y una orcita de manteca que le envía mi madre.

—¿Vive muy lejos?—replicó el lobo.

—Sí—dijo *Caperucita Encarnada*—; ¿ve usted aquel molino que hay allá abajo? Pues al otro lado, en la primera casa de la aldea.

—Precisamente—repuso el taimado—yo también tengo que ir allá; marchemos tú por ese camino y yo por ese otro, a ver quién llega antes de los dos.

El lobo echó a correr con toda la fuerza de sus piernas por el camino más breve. La niña siguió por el más largo y se entretuvo en coger avellanas, en perseguir mariposas y en hacer ramitos de silvestres florecillas.

Pronto llegó el lobo a casa de la abuela; detúvose, y “Tras, tras”.

—¿Quién está ahí?

—Soy su nieta—respondió fingiendo la voz—; soy *Caperucita Encarnada*, que vengo a traer a usted una torta y una orcita de manteca de parte de mi madre.

La pobre abuela, que estaba enferma en la cama, le gritó:

—Alza el pestillo y empuja la puerta.

El lobo alzó el pestillo y entró. En un momento devoró a la pobre mujer. El maldito no había comido en tres días.

Cerró luego la puerta y se acostó en la cama. Al poco rato llegó *Caperucita Encarnada*, y llamó. “Tras, tras”.

—¿Quién está ahí?

Al escuchar la ronca voz del lobo, *Caperucita Encarnada* tuvo miedo; pero creyendo que su abuela estaría acatarrada, se repuso y contestó:

—Soy yo, abuelita, soy *Caperucita Encarnada*, que vengo a traerle de parte de mi madre una torta y una orcita de manteca.

El lobo gritó entonces dulcificando un poco la voz:

—Alza el pestillo y empuja la puerta.

*Caperucita Encarnada* alzó el pestillo, y la puerta se abrió. Al verla entrar, el lobo se rebujó entre las sábanas, y le dijo:

—Pon la torta y la orcita de manteca sobre el arca, y ven a acostarte conmigo.

*Caperucita Encarnada* se desnudó y se metió en la cama. Al ver lo cambiada que estaba su abuelita, le dijo:

—Abuelita, ¡qué brazos tan largos tiene usted!

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tiene usted!

—Son para correr con más ligereza, hija mía.

—¡Qué orejas tan desmesuradas, abuelita!

—Son para oír mejor.

—¡Qué ojos tan grandes!

—Son para ver con más claridad.

—¡Qué dientes tan enormes, abuelita!

—¡Son para comerte!

Y diciendo esto el malvado lobo, se arrojó sobre *Caperucita Encarnada* y se la comió.

Se ve por este cuento que las niñas hacen mal en dar oídos a todo el mundo, pues su imprudencia puede costarles cara. Un lobo se comió a *Caperucita*. Bueno será que se tenga en cuenta que no todos los lobos son iguales. Los hay que, corteses y agradables, y con figuras de persona, se encuentran en las casas y en los paseos. Estos lobos son ¡ay! los de más peligro.



# Nacimiento original

CUENTO, por ANTONIORROBLES

Los señores de Lápiz, y para su hijo *Ensaladillo*, pusieron nacimiento.

*Ensaladillo* mismo fué a comprar las figuras, y traía cucuruchos de corderos, cucuruchos de lavanderas, cucuruchos de gallinas y docenas de velitas de color de rosa, trenzadas como coletas.

Y traía en un bolsillo la carreta de bueyes y en otro tres pastores, y asomando con la pluma estilográfica un molinero, un bailador y una bailadora.



En caja de cartón, entre virutas, las figuras del santo Portal, y debajo del sombrero, como grillos, cinco pavos con patitas de alambre.

¡Con cuánta ilusión dejaba las figuritas sobre la mesa, y las ponía en fila y las pasaba revista!

Ya comenzaron a montar el nacimiento: tablas, corchos, ramas, aserrín, telas de fondo, musgo...

A los primeros martillazos apareció por la puerta *Don Camino*, tío de *Ensaladillo*, con una bata blanca, de esas de laboratorio, y unas gafas de cercos muy anchos, como de sabio.

Era joven, afeitado, correcto, serio, inteligente. Y dijo con voz amable, pero sin sonreír siquiera:

—Os ruego que no metáis demasiado ruido, porque estoy estudiando.

*Ensaladillo*, el carpintero, el papá y la criada bajaron de tono todos sus ruidos, porque respetaban mucho al sabio.

Pero el nacimiento llegó a ponerse poco a poco: las casitas, en las montañas; el castillo, en lo más alto; los Reyes Magos bajando una cuesta muy pina, donde casi se escurrían en la arena; el río de papel de plata y de cristal, las lavanderas, los que bajaban con regalos atravesados por un alambre de la cabeza y que también se escurrían... ¡Todo! ¡Todo fué colocado! Hasta los pañales chiquitines, en un

bramante de palo a palo, atada a dos palitos metidos en el musgo.

Se fueron a dormir más tarde de la costumbre, por dejar terminado el nacimiento la víspera de la Nochebuena.

Apagaron la luz y se llenó todo de silencio. Únicamente se veía una rendija luminosa en la puerta que daba al cuarto de *Don Camino*.

Y he aquí que al poco rato se levantó cuidadosamente el picaporte y apareció en la soledad el estudioso personaje; encendió la bombilla y se le vió que traía en la mano una jeringuilla llena, con su aguja de poner inyecciones.

Andando casi de puntillas se acercó al nacimiento, y con la otra mano estuvo eligiendo una figura. No sabía con cuál ensayar el invento que acababa de realizar. Por fin se decidió por el molinero, que estaba pintado de blanco y tenía una barretina roja en la cabeza.

El muñeco recibió el pinchazo tranquilamente, y al poco rato volvió la cabeza para mirar al sabio, que le tenía aún en su mano. Ya vivía el molinero. Como que le dejó en su sitio y comenzó a subir por un camino a ver si respiraba una figura de esas que llaman *tía Gila*. Y como viera que estaba inmóvil, dijo al sabio:

—Dale vida también a ésta...

El sabio la pinchó y la dió vida. Y al de la gaita y al del tamboril y a todas las personas, respetando sólo las del Portal, que quedaron quietas, adosadas como santos de iglesia.

Un pastor entonces se adelantó has-



ta el borde del nacimiento, y dirigiéndose a *Don Camino*, le dijo:

—¿Y mis ovejitas? ¿No vivirán?

El sabio se fué al laboratorio que tenía en la habitación de al lado, cogió

al gato, y con sangre sorbida del animal con la jeringa y con otros líquidos extraños, preparó inyecciones para ovejas, pavos, gallinas, bueyes y camellos.

El dió su sangre para las personas; el gato la dió para los bichos.

Y sentado *Don Camino* en una butaca frente al nacimiento, estuvo dos horas viendo cómo bailaban, charlaban, comían, lavaban, pacían e hilaban animales y personas; cada uno lo suyo.

¡Qué espectáculo tan entretenido, tan gracioso, tan vivo! Los bueyes de la carreta pasaban los puentes, las gallinitas picaban por el musgo, los bailarines descansaban después de la música, y en parejas se iban a beber al río; los perros movían el rabo al recibir las caricias de los pastores y la *tía Gila*, que hilaba a la puerta de su casa, decía "Buenas noches" a todos los que bajaban por los caminos con regalos en la cabeza.

Los Reyes Magos descansaron descalzados, y sus servidores llevaban a los camellos y los jacos a que comieran de las ramas que salían por detrás del nacimiento...

*Don Camino* se hubiera estado toda la vida viendo aquello. Pero no quería que nadie se enterara todavía, y antes de que amaneciera cogió la jeringuilla, y pinchando de nuevo a las figuras, las sacó lo que tenían. Y lo de las personas fué a parar a un frasquito, y a otro el preparado de los animales. Con lo cual se quedaron todos quietos otra vez y el inventor se fué a dormir.

¿Quién iba a decir a *Ensaladillo*, cuando se despertó y corrió al nacimiento, que aquellas figuras estaban viviendo a las tres de la mañana? No lo creería.

Pero es el caso que pasó el día cantándoles villancicos y moviéndolos de lugar los muñecos cuando no le veían, y es el caso que a la noche, después de comer

el perro,  
el ratón y  
el gato...



# en que todos son igual

DIBUJOS de CATALUÑA

pollo asado y turrón con la familia, se fué a la cama y se quedó dormido.

Y todos los demás igual, menos su tío *Don Camino*, que esperó a que todos dieran señales de la paz del sueño, para volver a aparecer con la jeringa y los dos frascos por la misma puerta de anoche.

Cogió el líquido de uno de los frasquitos y rápidamente se lo inyectó a todas las personas. Y cargando la jeringuilla con el otro, lo repartió a pinchazos entre los animales. De modo que antes de los dos minutos estaba igual que anoche en su butaca, viendo cómo se desarrollaba nuevamente la vida en el nacimiento de *Ensaladillo*.

Pronto empezaron a chocarle cosas pintorescas. Por ejemplo: un borrego se colocó en lo alto de una roca, echado, y a su lado estaban los bailadores, los músicos y las lavanderas andando a gatas y comiendo hierba.

El borrego se levantó, los espantó dulcemente y los cambió de pradera.

El molinero se había subido al tejado del molino, y desde allí no hacía más que cantar: "¡Ki, kiri, kiii...!"

En cambio, un perro, colocado a dos manos, tocaba el tambor para que danzaran los pavos de dos en dos, con las alas abiertas, como si bailaran la jota...

Los bueyes se habían hecho lumbre, y con los sombreros de dos pastores en la cabeza se calentaban las pezuñas de adelante. Entretanto, dos mozos, que anoche llevaban regalos en la cabeza hacia Belén, hoy tiraban de la carreta con gran paciencia, para que pasara los puentes.

Los caballos de los Reyes Magos se habían montado en los criados, y los camellos llevaban de una brida de oro a los Reyes, que iban cargados con los juguetes...

*Don Camino* curioseó por todo aque-

llo, comprendiendo en seguida, como es natural, que se había equivocado de frasco. Pero no pudo aguantar mucho tiempo aquel espectáculo, porque le daba pena de los hombres y las mujeres. Por eso volvió a pincharlos y a absorber el líquido de cada uno, y a echarlo en cada frasco, apuntando en papeles, que pegó en los frasquitos, estas dos palabras: "Personas" y "Animales".

Después se acostó... y en un buen rato no se pudo dormir.

Vino el día, se despertó *Ensaladillo*, volvió al nacimiento, y no notó nada de lo que había pasado. Jugó mucho, se divirtió bastante, almorzó, merendó, cenó... y se durmió después. Y sus padres y los criados también.

Entonces volvió a aparecer por la puerta del laboratorio *Don Camino*.

¿Por qué no se pudo dormir en seguida anoche? Pues porque pensaba que si le había dado pena ver a los hombres haciendo de animales, también le debiera dar cierto dolor ver a los animales haciendo de lo que son: de animales, porque eso era señal de que los bichos sufren esclavitud...

Y pensando esto estaba, cuando se le ocurrió una cosa: echar en un frasco mayor los dos líquidos juntos, agitarlos bien e inyectar con aquello a músicos, corderos, lavanderas, pavos y molineros; a camellos, Reyes, perros, pastores y palomitas.

Y así lo hizo, y luego se sentó. Y a sus ojos se presentó el espectáculo más grato que se puede presentar a los ojos de un hombre bueno.

Los bueyes tiraban de la carreta, y algunas veces uno decía al buen bueyero: —Ponte en mi sitio un rato, que me he cansado bastante...

Y el carretero se ponía, y no le daba vergüenza alternar con sus dos compañeros de camino.

Algún camello se atrevía a decir a los Reyes al llegar a la posada:



—Voy a entrar un rato al corral a que me den un poco de hierba y un terrón de azúcar.

Y luego seguían bajando todos en conversación amable: un camello y un criado, o un criado y un Rey, o un Rey y un jaco...

Los perros decían al molinero:

—Esta tarde vendremos a buscarte, para que subamos de paseo, si te parece, al pico nevado con harina.

Y las lavanderas decían a las palomas:

—Si luego tienes tiempo, tráeme unas hojitas de laurel, para las patatas guisadas.

Todos eran felices, alegres, amigos y compañeros. Las gallinas picaban en el cocido que la tía Gila comía con ellas, y un camello se probaba el sombrero de ala ancha de un pastor.

Y así, un rato en que se animaron a bailar, Melchor tocaba la gaita, un borrego el tamboril, y un primitivo músico su alegre pandereta.

Aquello significaba la felicidad más grande del mundo; la felicidad más jugosa y simpática; todos hermanos, como quería San Francisco de Asís.

*Don Camino* les sacó la sustancia para hacerlo al día siguiente delante de los más importantes profesores de la Ciencia. Pero de tanta satisfacción como tenía le dió un ataque... y perdió la memoria.

¡Mira que fué mala suerte!...



Los corderitos comían hierba, y luego se iban a que el pastor les contase cuentos, y hasta alguno se atrevía a decirle:

—Yo creo que debemos ir a la pradera, ya que hay más campo fresco.

el perro,  
el ratón y  
el gato...



# LOS VUELOS DEL PRÍNCIPE PP.

EL FIN DE AÑO



El príncipe PP y la princesa Gloria suelen viajar sin rumbo; pero esta vez quieren pasar Año Nuevo con el Rey, y estudian en el mapa la ruta.



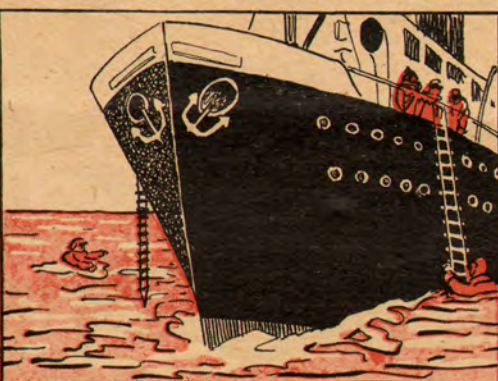
Pronto dejan la costa y se disponen a atravesar el mar que les separa de su patria. *El Mosquito*, sin embargo, dice algo extraño en el ruido del motor.



De pronto, una llamarada envuelve el motor del avión. El príncipe PP se dispone a tirarse en su paracaídas, pero no lo hace hasta no verla a ella caer.



Y allá van los tres, cada uno por separado, cayendo hacia el agua: *El Mosquito*, el príncipe y la princesa. Afortunadamente, el mar está tranquilo.



Han caído a los lados de un vapor, y, cada uno, sin verse, y nadando cerca de diez minutos, se disponen a subir por cada costado para rogar que se busque al otro tripulante.



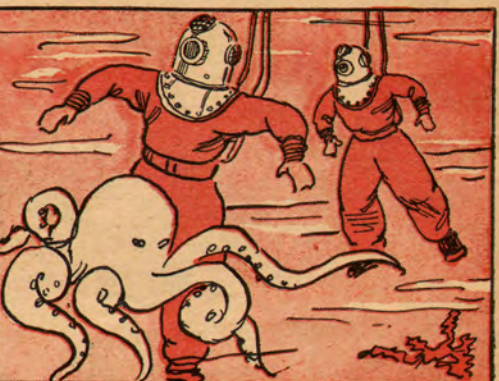
Y la sorpresa al encontrarse, uno por cada lado, es tan enorme, que se abrazan antes de saludar a aquella gente, que no tienen cara de buenos.



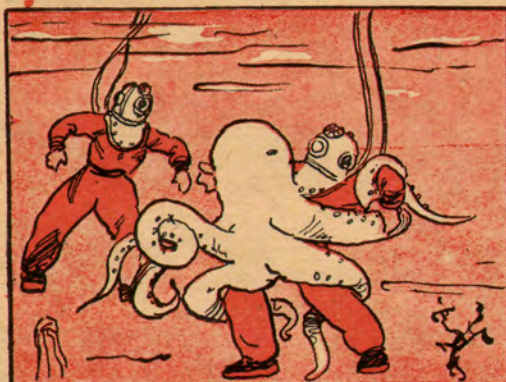
En efecto, el capitán es un bandido, pescador de perlas, y dice que en el buque no se vive sin trabajar. Entonces obliga al príncipe a ponerse la escafandra y a bajar.



PP ve que otra persona desciende, y como ha oído que en el buque no se vive sin trabajar, sospecha, y casi tiene la certeza, de que es la princesa. Pero ¿quién la conoce?



Un inmenso pulpo, de ocho tentáculos, como ocho brazos de forzado, empiezan a enroscarse al segundo buzo con mala intención.



Pero el príncipe PP, pensando en que es su esposa, se lo arranca violentamente, y tienen lucha los dos como dos hombres que se odian.



Por fin consigue PP dejar maltrecho al animal, y el otro buzo le abraza con profunda gratitud. Es el capitán, que había bajado a hacerle trabajar.



Nunca confesó el príncipe su confusión; por eso el capitán bandido quiere pagar su valentía, y los lleva con rumbo a la patria, donde pasan el Año Nuevo con el Rey.

el perro,  
el gatón y  
el gato...



# Los personajes de "El Perro, el Ratón y el Gato"

He hecho tantas preguntas a los chiquillos, que hoy, para el Almanaque, me voy a dedicar a los mayores... o casi mayores.

Los importantes personajes que confeccionan EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, van a contestarme a una sola pregunta, que va a ser esta:

—¿Cuál ha sido el momento más difícil de su vida o su susto mayor?

\*\*\*

*El Mago Botijo*, que como sabéis es el que publica las informaciones de la vida, por las que los lectores de EL P. R. G. conocen instituciones de caridad, centros docentes, payasos y todo cuanto deben ir conociendo los niños, responde así:

—Mi susto mayor fué porque una vez estuve bebiendo en un manantial de un pueblo; pero bebiendo por mi coronilla. Luego me vacié con el pitorro para escribir mi nombre en la arena, y de pronto sentí que algo me corría dentro de la cabeza... Aterrado me fui a un alfarero que me operó: me quitó un pedazo, sacó un sapo que tenía, y me volvió a poner la pieza... ¡Maldito sapo!...

\*\*\*

Después estuve hablando con *El pollo Guinda*, que como todos sabéis es el que escribe crónicas de deportes, y sobre todo de fútbol, en todos los números de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO.

—¿Cuál ha sido el momento más difícil de su vida?

—Una vez que me hicieron arbitrar un partido de fútbol y pité una mano del portero, sin darme cuenta. Una señora me tiró un paraguas; un pollo me tiró una raja de melón y un niño me arrojó un caballo de cartón. Yo salí con la Guardia civil.

\*\*\*

Luego le pregunto al *Manco Don Dedos*, que como todo el mundo sabe, se hace con dos dedos de la mano como si fueran patitas. Y respondió así:

—El susto más espantoso de mi vida fué un día en que por andar jugando con una escopeta, trepando por su correa y mirando por el agujero del cañón, luego bajé, pisé en el gatillo sin querer, y se disparó. Me di tal susto que me quedé pálido y me fui al bolsillo de mi amo. Yo pensaba que iban a venir los guardias, me iban a atar con la mano del otro lado, y me iban a llevar a la cárcel. Pero me perdonaron.

\*\*\*

Pregunto luego a *Botón del Aire*, que es el niño que en su aeroplano *Españita* recorre todas las provincias españolas y publica crónicas en EL P. R. G.

—¿El susto mayor de tu vida?

—¡Menudo susto! Venía yo de visitar Sevilla, cuando de pronto veo un aeroplano de línea que va desde no sé qué capital de Europa a Marruecos. Se me ocurre pasar por encima, y a él también; luego los dos vamos hacia abajo a un tiempo, como pasa algunas veces entre dos personas en la acera. Volvimos hacia arriba los dos. Y como ya no había tiempo de otro movimiento, porque estábamos cerquísima, chocamos, y como él tenía tres motores, me pudo y me llevó de espaldas hasta Marruecos. ¡Qué dos horas pasé!...

\*\*\*

Luego he hablado con don Cacerolo Réptil, el famoso *Naturalista*, que cuenta a nuestros lectores las más notables curiosidades de los animales.



—¿Mi susto mayor?—dice—. ¿Usted no sabe que una vez quise estudiar al detalle los picos de las aves, y un loro me cogió las narices, y me tuvo pegado a su jaula hasta que vinieron los bomberos a separarnos?... Pues ese ha sido mi susto mayor, amigo mío.

\*\*\*

Después he tenido el gusto de charlar un momento con *Don Siglo XVIII*, que ya sabéis que nos relata en el periódico las más notables fábulas de su siglo, con todo género de detalles.

—¿Ha tenido algún momento difícil en su vida, señor?

—Ya lo creo. Una vez estaban hablando un elefante, una raposa y una ardilla, y como me supuse que de su charla se podría sacar una fábula, me acerqué a ellos en puntillas. Entonces me ve el elefante, coge rápidamente con su trompa mi hermosa peluca blanca, la raposa con más rapidez se la roba al elefante y corre con ella... Y por último, la lista ardilla lo atrapa y lo sube a la alta copa de un árbol... En esto pasó un príncipe de caza, y se fué riendo de mí con sus cortesanos. Se dió cuenta de que una ardilla se había burlado de mi calva. ¡Qué vergüenza!...

\*\*\*

*El Mago Mueblista*, conocido también por el enano *Tachuela*, tiene una tienda de muebles misteriosos, que, como saben los lectores, siempre cometen alguna cosa de magia. Y este señor me contesta:

—Un susto me he llevado en mi vida, como nadie. Figúrese usted que una vez me subí en una silla de rejilla de las de mi tienda para poner un cuadro, y metí el pie. La hice daño, por lo visto, y dos sillas se subieron en dos mesas de cuatro patas, y como dos guardias de a caballo me llevaron a un armario que abrió su boca y me tragó. Allí estuve dos días, sin poder abrir la tienda.

\*\*\*

Aquí tenéis al *Profesor Sí*, que recibe con frecuencia a tres muchachitos llamados *Mel*, *Gas* y *Bal* (Melchor, Gaspar y Baltasar) y cada uno le hace una pregunta curiosa. Yo le pregunto lo que a todos y él me responde:

—Sí, señor; de chico me llevé un susto horrible. Una vez hubo fuego en mi casa. Cuando quise bajar las escaleras estaban ardiendo. Entonces pusieron lonas sostenidas por seis hombres para que nos tirásemos. Yo no me quería tirar. Dije que quería morir entre las llamas con un perro que teníamos. Pero mi padre tiró al perro, para que yo viera que no pasaba nada, y luego me tiró a mí. ¡Qué miedo en el aire, con los ojos cerrados!...

\*\*\*

Ya he preguntado a mis ocho compañeros... ¿Queréis que me lo pregunte a mí mismo? ¿Queréis que diga el momento más difícil de mi vida?... Pues veréis:

—Un dibujante me dijo: "Estése usted quieto que le voy a pintar una interrogación en la cara"... Como me hacía cosquillas yo me eché a reír, y él gritó: "¡No se ría, porque me va a salir mal!"... Y ese ha sido el momento más difícil: eso de estar aguantando las cosquillas y no reírme nada, nada, nada. Pero todo sea por los lectorcitos de EL P. R. G.

*El tío Preguntón.*



# El día de Reyes de Chin y Bely



Sucedió que la víspera de los Reyes Magos salió al bosque la niña *Bely* en una bicicleta, y dejó en casa a su muñeca *Chin*.

Todos sabéis que los domingos era costumbre de que los animales, las plantas, la muñequita y hasta las estrellas, hablaran con *Bely* el lenguaje de las personas ¿verdad?

Pues bien, la víspera de los Reyes no era domingo, y por consiguiente la niña no llevaba a su muñeca en su paseo por el bosque.

Se alejó un poco, porque a la chiquilla le gustaba mucho el campo, y de pronto vió allá lejos avanzar una caravana que llevaba vestidos de ricos colorines...

Pensó inmediatamente que podían ser los Reyes Magos, y la pareció un poco atrevido quedarse a verlos. Es mucho más respetuoso no pretender curiosear sobre figuras tan majestuosas.

Quiso huir, y cuando cogía una cuesta abajo se dejaba deslizar en la *bici*, y a veces corría más de lo debido. Es que la gustaba hacerlo, porque estas chicas deportistas hacen de cuando en cuando sus imprudencias; no cabe duda.

Y he aquí que en una de las carreteras, tomó violencia, se torció la dirección, pegó la bicicleta contra un árbol... y la niña *Bely* se quedó como atontada.

En esto llegó la gran comitiva de Re-

yes, servidores, caballos y camellos y la vieron. Aquellos tres monarcas de gran corazón descendieron de los caballos para auxiliarla; los criados se acercaron, humildes, llenos también de buen deseo...

Mas lo grande y curioso es que de pronto se acercó un camello a enterarse, y ése fué el que gritó de pronto:

—¡Eh, compañeros! ¡Pero si es *Bely*!... ¡Si es la niña *Bely*!...

Todos la conocían de los domingos; de verla en el bosque, de charlar con ella; uno de ellos había jugado con la muchachita al tejo con una teja rota.

Entonces los camellos pidieron permiso a los tres Reyes de Oriente para que les dejaran llevar a la chica herida, y se les permitió. Entonces la acostaron sobre

una joroba que llevaba los dos lados rebosantes de juguetes.

Con el aire de la velocidad que alcanzan estos grandes animales fué des-pabilándose *Bely* poco a poco, y cuando se vió rodeada de tanto juguete, creía soñar. Tantos juguetitos y tan variados, tan nuevos y tan llamativos, eran como estar soñando.

Es el caso que los camellos la regalaban muñecas, balones, combas, diábolos, cochecitos, patines y de todo lo que quisiera llevar.

Pero ella no quiso, y les dijo:

—Todo eso lo guardáis, y así tendrán más juguetes las niñas y muchachos de la ciudad. Yo he venido esta vez entre los juguetes, y soy como un juguete cualquiera; por eso deseo que me dejéis de regalo en los zapatos de *Chin*.

En efecto, la llevaron a su ventana, y allí estaban los zapatitos de la muñeca. Y como la muñequita sintió ruido en la ventana, y estaba impaciente..., abrió, y vió una muñeca muy grande, muy grande. Se subió en ella, para verla la cara... y su inmensa sorpresa y su alegría fué el ver que era *Bely*, quietecita como una *pepona*.

Ya véis como esta vez ha pasado lo contrario de siempre: los Reyes habían puesto una niña a una muñeca, y no una muñeca a una niña ¡Qué gracioso!...

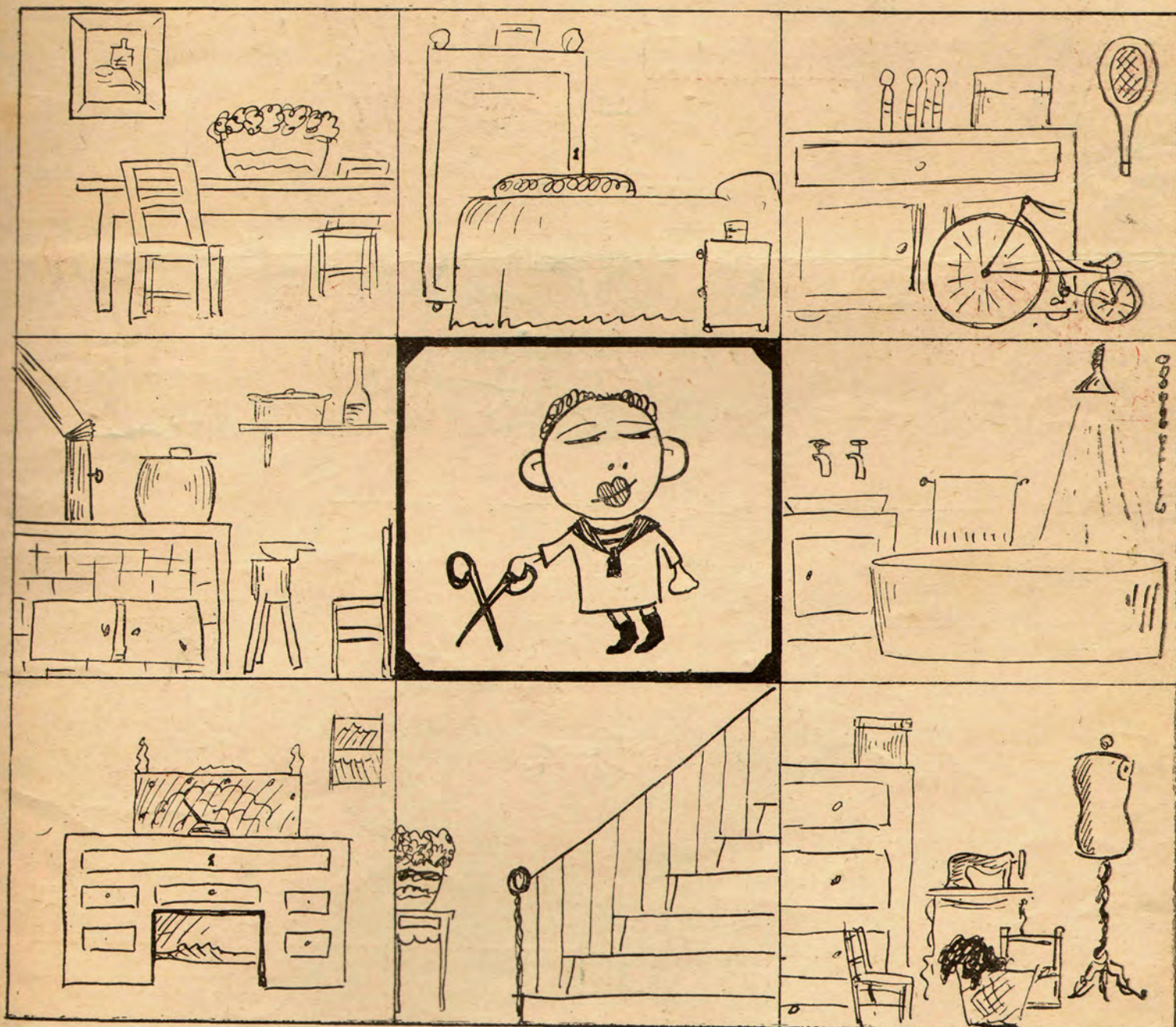
*Tinita*



el perro,  
el ratón y  
el gato...



# página del gato adivino



## CONCURSO EXTRAORDINARIO

*Piñoncete* es un niño bastante travieso. Tan travieso es que el otro día comió demasiados bombones y le sentaron mal. Hubo que purgarle. Y como le purgó la niñera, él cometió el feísimo acto de vengarse. Y fué y la escondió las tijeras. Ahí tenemos ocho habitaciones de la casa: el comedor, el dormitorio, el cuarto de los juguetes, la cocina, el baño, el despacho, el recibimiento y el cuarto de labores. En cada uno de los sitios *Piñoncete* encontró rincones para esconder las tijeras... y se le ocurrió, seguramente, el más pintoresco, el más absurdo tal vez... Las encontraron ¿sabéis dónde?... No lo digo... ¿Sabéis cuándo?... A la una y media de la tarde, cuando el dueño de la casa llega con hambre.

Ahora, veamos cuál es el lector que lo acierta. El que lo adivine tiene que remitirnos calcada o copiada la habitación donde él sospecha, y señalado con una cruz el cacharro, cajón o mueble donde está. Entre los que lo acierten rifaremos un PRECIOSISIMO AUTOMOVIL, que puede cambiarse por una LINDA MUÑECA, si así lo quiere el que haya tenido suerte. Pero habéis de atender a la *última y precisa* advertencia: Con la solución se han de remitir necesariamente *dos cupones* que se publicarán a propósito, uno en el último número de EL P. R. G. que salga en 1930, y otro en el primero que se publique en 1931. La solución está cerrada con lacre en un sobre firmado por varias personas.



# El niño Carloto Perrera va a dar la vuelta a la tierra

